Historias de humo y viento

Elko Omar Vázquez Erosa



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Historias de humo y viento





Serie
Narrativa breve N° 1

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2020.
Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa.
Fotografía de portada: Juan Campos.
Modelo: Minerva Correa Hinojosa
Blog: https://voluptuosidadeslapalabra.com
https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra

LA DÉCIMA MUSA

I

Despertó, en medio de sus súbditos muertos, como hacen las avispas reina. Ella era toda de nieve, blancura sin mancha con tenues giros de rocío.

Abrió los ojos entre los raídos cortinajes de su lecho y desde las sombras rojas de su pelo gritaron mitológicos amantes.

Al principio todo era confusión: paseaba la mirada por los vacíos galerones de su ruinoso castillo feudal, por los huesos de guerreros enfundados en armaduras llenas de orín y telarañas.

Se sentía extraviada pues habían pasado los siglos, y escuchaba desplazarse carruajes de fantasmas que le recordaban festines, requiebros de amor, combates lejanos.

Se levantó con lentitud, como si no reconociera sus propios miembros arropados de grises y crujientes harapos que se deshacían al movimiento más ligero.

Sólo resonancias, y una cascada de imágenes desordenadas que se empujaban las unas a las otras.

Sólo humedad: en algunas áreas del espacioso salón se filtraba el agua junto con sonidos irreconocibles. Entonces las imágenes se fueron aclarando y una sonrisa iluminó su rostro: ¡cuántas emociones la aguardaban!

Luego se preguntó si el mundo no se había convertido en un páramo desértico sembrado de ruinas y despojos de innombrables batallas, pero sólo fue una idea breve, un relámpago escarlata que fue a desvanecerse sobre los restos de su corte pretérita.

Recorrió un entramado de galerías y pasillos hasta llegar a una puerta de roble que terminó cediendo a la presión de sus manos en medio de una serenata de estridencias y una lluvia de polvo, esquirlas y lodo.

Y por primera vez en mucho tiempo, después de sueños incontables en abismos de oscuridad, percibió el reflejo de un sol moribundo que podía adivinarse a través de las nubes de la tormenta.

II

Las notas escaparon del violín y fueron a enredarse, voluptuosas, entre los festones que adornaban las paredes y el techo del palacio.

El clavicordio habló con el lenguaje de las hadas, dejando su huella de gélido cristal. Mientras... las damas paseaban con languidez.

Phillipe Dubiar, vigesimosexto marqués de la casa de Laffir, sabía que en su recepción se encontraba lo más distinguido de toda la sociedad europea.

El motivo de la reunión era que al día siguiente su protegido, el maestro Giovanni Gozzi, intentaría sobrevolar los Cárpatos con una máquina basada en los diseños de Leonardo da Vinci: la aventura y el marco del exótico paisaje se habían vuelto irresistibles para la aristocracia, los diletantes, la comunidad artística e intelectual.

Mientras tanto el marqués, que se las daba de poeta sin pasar de filósofo, charlaba sobre sus obsesiones particulares:

—Estoy convencido de que existen verdades inmutables en el signo grosero de la idolatría —señaló con un dedo didáctico, no exento de petulancia—. Bajo el concepto de las musas yace la clave de la belleza, pero falta un arquetipo: la décima musa, la quinta esencia del arte.

—¿No será el amor? —propuso una dama rubia con expresión soñadora.

—El amor —respondió el marqués— se sobreentiende en todos y en cada uno de los arquetipos conocidos (las musas). Incluso el odio no puede existir si antes no hubo amor.

—¿Y el miedo? ¿No puede el miedo engendrar al odio?

—El miedo amenaza lo que amamos; *ergo*, el amor sigue inmiscuido —remató el marqués con una sonrisa de sabihondo victorioso.

—Su excelencia —dijo un italiano con fama de alquimista—, creo que nos alejamos del tema. Usted busca una llave para adueñarse de la eterna belleza.

—Quiero crear un arte irresistible —contestó el marqués—, deliciosamente perverso para que los ángeles caigan seducidos, postrados a los pies del artista.

—¡Oh! —murmuraron las damas fingiendo escandalizarse.

Envalentonado al saberse objeto de toda la atención continuó con ese tema que, como ya hemos dicho, lo obsesionaba, al punto de que corría el peligro de aburrir a sus invitados, quienes le disculpaban esa manía pues fuera de ella el marqués era encantador y siempre sorprendía a sus amigos cuidando que en sus fiestas no faltasen personajes célebres como Voltaire, Casanova y otros:

—Repasemos el significado de los nueve arquetipos que ya conocemos: Calíope, quien preside la poesía épica representa el valor, pues todo artista debe tenerlo si desea luchar con el Ángel Universal para arrancarle sus secretos; Clío, musa de la historia, nos habla de la memoria; Polimnia, quien rige la pantomima, sugiere el silencio y la imitación;

Euterpe, la música licenciosa de la flauta; Terpsícore, el dulce abandono de la danza; Erato, ama y señora de la lírica coral podría interpretarse como la capacidad del poeta para armonizar voces e imágenes que de otra manera se desbandarían, cada una por su lado; Melpómene, la tragedia, que no requiere mayor explicación; Talía, la comedia, el buen humor y la alegría de vivir; y por último Urania, que protege la astronomía, representando las relaciones celestes del poeta.

—Marqués —dijo el alquimista—, las vías simples son la única manera de llegar a la Verdad.

—Sabio consejo, pero dejemos de mortificar a las damas con esta plática enmarañada —contestó el marqués para luego volverse a uno de sus criados—. Llama a los músicos...

III

A pesar de que se encontraba desnuda no le importaba la lluvia ni el viento helado. Ella espiaba a través de una ventana el palacio que había alquilado Phillipe Dubiar, vigesimosexto marqués de la casa de Laffir.

En el rostro de la mujer, transfigurado por una dicha infantil, podía leerse un asombro infinito, un deseo sin nombre.

Ella comenzó a prestar atención a las voces y poco a poco éstas fueron adquiriendo sentido. Había conocido esa lengua, tal vez en un sueño, en una corte o en una tierra distante.

¡Cómo le gustaban los trajes! ¡Las joyas de las damas! La risa, y ese aire, mezcla de inocencia y de pecado.

Y supo que debía lucir como aquellas mujeres que bailaban con hermosos caballeros, casi femeninos, por lo que rodeó subrepticiamente el edificio hasta encontrar una puerta pequeña que, al parecer, llevaba muchos años sin utilizarse, y luego de forzar la cerradura entró al palacio.

IV

El marqués se había retirado a un rincón cansado de bailar, pero contemplaba el espectáculo que ofrecían sus invitados mientras se dejaba acariciar voluptuosamente por la música. Luego sacó su cajita dorada de rapé, donde estaba grabado su escudo de armas, y tomó una pizca del excelente tabaco al que se había vuelto tan afecto desde su primera juventud.

Al volver de nuevo la mirada hacia los bailarines descubrió a una mujer a la que no recordaba entre sus invitados, aunque por otra parte eran tantos que fácilmente podía pasar por alto a más de uno.

—Pero no —se corrigió a sí mismo. La beldad que danzaba con Auguste Salligny, barón de Arville, no podía haberle pasado desapercibida. En sus ojos grises adivinaba un universo que tal vez llegaría a saciarlo de esa hambre de belleza y exóticos pecados.

Al terminar la pieza el marqués se hizo presentar a la dama, quien dijo llamarse Elena.

Estuvieron charlando y por el acento de ella, además de su pésimo francés extrañamente arcaico, el aristócrata pensó que era natural del país, pero no quiso indagar mucho por miedo a cometer una descortesía y ahuyentar al objeto de su profundo embeleso.

Repentinamente ella miró un cuadro con una escena romana, donde podía apreciarse el templo de Vesta y a sus sacerdotisas, hábilmente plasmadas por el pintor.

La mujer miró estupefacta el templo circular de la diosa y sin previo aviso echó a correr, abrió la puerta y desapareció bajo la lluvia, pese a las súplicas del marqués.

Elena continuó con su huida hasta llegar al ruinoso castillo que le había servido de morada durante tanto tiempo. Atravesó salones derruidos, muchos de los cuales se habían quedado sin techo y en cuyo suelo crecía la hierba. Subió por una desgastada escalinata y en lo alto de las almenas se derrumbó.

Mares y mares de angustia fueron emergiendo de sus más recónditas memorias: Elena rompió en llanto...

V

—El fuego no debe apagarse jamás, pues de lo contrario grandes males azotarán al imperio —le había dicho el gran pontífice cuando ella apenas tenía seis años.

El gran pontífice la había escogido, como se hacía con todas las sacerdotisas de la diosa virgen, porque carecía de defectos físicos y en su linaje no se contaba ningún esclavo.

Con gran devoción Elena cuidaba el fuego, llevaba las ofrendas al altar de Vesta y se unía, cada mañana, a los ritos de purificación.

Era una vida dulce, de grandes privilegios, aunque a veces, algunas tardes impregnadas con la fragancia de las flores, la invadía una tristeza abstracta: las vestales más viejas decían que era el precio de su virginidad sagrada, y que una vez transcurridos treinta años de servicio se podía regresar al mundo y tomar esposo, aunque casi ninguna de las sacerdotisas utilizaba esa facultad.

Elena se repetía constantemente que estaba dispuesta a ofrecer a la diosa del hogar no sólo treinta años, sino toda su vida.

La extasiaban los cánticos, el gran aparato de las ceremonias, y que la precediera un lictor cuando recorría las calles, donde cónsules y pretores le cedían el paso y hacían bajar ante ella los haces.

Hasta que un día acudió al inviolable santuario el senador Vitelius para depositar su testamento en manos de las vestales. Lo acompañaba un joven patricio llamado Druso.

Y los ojos de la doncella se encontraron con los ojos del guerrero.

VI

A pesar de que el marqués se encontraba muy contrariado por la desaparición de la bella Elena, consiguió distraerse admirando la máquina voladora, que semejaba las alas de un murciélago gigantesco.

El maestro Giovanni Gozzi se ajustó las gafas para inspeccionar, ante los ojos alucinados de los espectadores, el artefacto.

Unos minutos después el científico anunció que todo estaba listo para el experimento, así que los criados del marqués comenzaron a servir vino y bocadillos que habían llevado en cestas para el brindis en lo alto de las montañas.

El maestro ordenó a sus asistentes que lo ayudaran a colocarse el aparato, hecho lo cual extendió las alas y se arrojó a un precipicio.

Fue un instante de esplendor puro: diríase un Ìcaro redivivo —el hombre había vencido a los dioses del cielo—. Más que un ángel parecía un demonio presto a poner en jaque el trono del Altísimo.

El hombrecillo realizaba increíbles piruetas en el aire mientras que toda la aristocracia le rendía pleitesía: era un concierto de aclamaciones y murmullos, de risa y esperanza.

Entonces irrumpió la tragedia con su manto de púrpura: una ráfaga de viento, del viento helado que anunciaba nieve en las nubes rojas, convirtió al osado Prometeo en una brizna de paja que fue a estrellarse contra los riscos.

El científico reventó como lo haría un huevo dejando una mancha obscena de sangre y excremento que resbalaba, con una lentitud casi amorosa, por las paredes de los Cárpatos.

Las risas se transformaron en gritos de horror y más de una dama cayó desvanecida ante el espectáculo...

VII

Con sus dedos de rosa la Aurora acariciaba a los amantes que yacían dormidos en el lecho, ignorantes de su destino.

De pronto un estruendo que presagiaba la desdicha acompañó a la destrucción de la puerta, que saltó en pedazos para abrir paso al gran pontífice, el cual se hacía acompañar de un grupo de soldados.

—¡Herejes! —gritó el sacerdote con el rostro contorsionado por la ira.

Después todo ocurrió tan rápido: los guerreros apresaron a Druso y lo sacaron a empujones a la calle, donde lo azotaron ante una muchedumbre enardecida que los esperaba para ver en acción la mano de la justicia.

Elena fue testigo de la ignominiosa ejecución de Druso, quien pereció bajo la persistente mordida de los látigos.

Sin que le importase el llanto histérico de la vestal en desgracia, el gran pontífice ordenó que la vistieran con un sudario, y luego la metieron en una litera cubierta con negros cortinajes.

En seguida realizaron las ceremonias de su funeral en vida, y condujeron la litera al *Campus Sceleratus*, cerca de la Puerta *Collina*, donde la aguardaba una tumba abovedada que habían excavado en la roca.

Sólo se escuchaba el llanto, el hipo de la muchacha, pues incluso la grosera y burlona muchedumbre se mantenía en silencio, impresionada por el terrible castigo que se infligía a las vestales que rompían su voto de castidad.

El verdugo la hizo bajar por una escala que retiró rápidamente, y los esclavos colocaron una losa en la boca de la cripta.

Profiriendo un alarido espeluznante Elena se arrancó el sudario y se encontró con una cama y una mesita que contenía alimentos suficientes para tres días, una lámpara encendida y un espejo cubierto con un paño, en señal de luto.

Todo se le antojaba irreal: la muerte de Druso, el hecho de que ya no vería la luz del sol, pues la habían abandonado al suplicio del hambre.

Entonces sus piernas dejaron de sostenerla y cayó de rodillas en el suelo, donde lloró desconsoladamente.

Jamás sabría cuánto tiempo había transcurrido hasta sentir una mano en su hombro: escuchó una voz femenina que le hablaba por su nombre.

Al voltear Elena vio a una mujer muy blanca, de cabellos negros y profunda mirada, que llevaba ricas vestiduras:

—No llores, pequeña.

—¿Cómo entró aquí? —preguntó la muchacha, y la misteriosa mujer le contestó:

—Para los inmortales no existen límites: soy Hécate, señora de la magia, a quien los hebreos llamaron Lilith.

"Escúchame: te encuentras fuera de la gracia de los dioses luminosos, pero yo puedo ofrecerte una senda al otro lado del espejo".

Y descorrió el velo que cubría al óvalo de cristal y plata.

VIII

El marqués se encontraba en la orilla de un río furioso, cercado por altas paredes de roca. El viento gemía arrastrando nieve y figuras de fantasmas desdibujados.

Él echó a andar entre los despojos de antiguos combates, entre los restos de caballos, armaduras y carros de guerra semienterrados por la alfombra inmaculada del invierno.

Entonces vio una barca desde la cual una mujer lo miraba a través de una máscara trágica al tiempo que sostenía un cetro en la mano derecha y un puñal ensangrentado en la izquierda.

Ella usaba un vestido blanco y encima de éste un manto púrpura de rebordes adornados con grecas.

—Melpómene —susurró el marqués, reconociendo en el tocado de la fémina los atributos de la musa de la tragedia.

Ella se quitó la máscara y el marqués vio unos ojos grises... de acero.

El sueño terminó abruptamente y el aristócrata se vio a sí mismo en su lecho: afuera caía la nieve, que había

comenzado como por ensalmo unos minutos después de la muerte del maestro Gozzi.

—La tormenta no fue obstáculo para que mis invitados huyeran, con excepción del barón de Arville —recordó con amargura.

Entonces miró hacia la ventana. Detrás del cristal acechaban unos ojos grises... los ojos de Elena.

IX

La tormenta arreciaba: frente a la chimenea el marqués de Laffir hablaba con el barón de Arville, en cuya compañía había vaciado más botellas de vino de las que podía recordar.

Desde temprana hora el tema de la conversación había girado alrededor de múltiples frivolidades, pero el vino se impuso y el barón se decidió a preguntar:

—Phillipe, ¿por qué sigues escondiéndote en este rincón del mundo olvidado por Dios? No fue tu culpa que el maestro Gozzi pereciera durante su fallido experimento.

Hubo un momento de incómodo silencio, pero al fin contestó el marqués:

—Auguste, desde el día en que entró Elena a este palacio no he podido arrancármela del pensamiento.

—¿Quién?

—Elena, la mujer con la que bailaste un día antes de la tragedia.

Un estremecimiento sacudió al barón.

—Phillipe... no se lo he dicho a nadie, pero cuando bailaba con ella yo no era dueño de mi espíritu... me acompañaba un extraño abandono... lascivo.

El marqués soltó una carcajada:

—Auguste, no creí que te hubiera impresionado tanto como a mí.

—¿Calla! Estoy hablando en serio: ¿no lo notaste? Cuando ella entró en la habitación ésta se tornó helada.

—¿También lo percibiste?

—Como todos los presentes, aunque nadie se atrevió a confesarlo. No dudo que haya sido una razón, además del accidente, para que tus invitados huyeran.

—Auguste —dijo el marqués— esto es demasiado.

El rostro del barón se volvió lívido y con una mirada de terror y fascinación continuó, bajando la voz como si temiera que el viento lo escuchara:

—La he visto entre la nieve con el ligero vestido que llevaba en el baile... la he visto deambular por el hielo, entre los cristales donde reina La Parca.

—¡Auguste! —protestó el marqués.

—¡No me interrumpas! ¡Préstame atención! Tú buscabas el último arquetipo de la belleza...

—Y lo he encontrado en sus ojos...

—El arquetipo siempre estuvo ahí, casi a la vista, agazapado detrás del puñal de Melpómene... porque la décima musa es la muerte.

El marqués se levantó bruscamente, cubriéndose el rostro con las manos mientras murmuraba:

—¿No escuchas?

—¿Escuchar qué? —se exasperó el barón, con la expresión de un loco.

—¡Esa música! Suave y dulce... tan triste. Es una melodía que siempre quise escribir.

Fuera de sí el marqués apretó la copa que sostenía hasta reventarla, sin que le importasen las filosas esquirlas que se enterraban en su mano; luego corrió buscando la puerta de salida, pero el barón se interpuso en su camino:

—¡Detente, loco! ¿No ves que le vendes el alma a los demonios?

Por toda contestación el marqués le propinó un puñetazo en el rostro y corrió a través de la nieve como hacen los condenados, abrazando el abismo, sediento de locura y disolución.

X

Phillipe Dubiar no detuvo su carrera hasta llegar a una antigua fortaleza parcialmente derruida. Traspasó los restos del muro exterior y se introdujo en el castillo, en cuyos corredores deambuló, presa de un ansia febril; sin embargo no dejó de notar que en los antiguos salones, muchos de los cuales carecían de bóveda, quedaban vestigios de su mobiliario original, cosa que resultaba prácticamente imposible luego de siglos y siglos de abandono en los que no faltaría ocasión para el pillaje.

Entonces se topó de frente con un mural que mostraba, a través de una maraña de espinas bañadas con copos de nieve, el rostro de Elena.

Y en esos ojos grises, que el artista había plasmado con un realismo sobrecogedor pudo leer un desamparo casi infantil.

—Phillipe —escuchó una voz femenina a sus espaldas. Al volverse el marqués se encontró con la esbelta figura de Elena.

—Te he buscado con desesperación —exclamó el aristócrata—. Tenía tantas cosas que decirte, pero no sé en qué momento las olvidé.

Con un sólo gesto ella le pidió que callase y con una mano fría le acarició el rostro: fue un beso de olvido, algo como la desolada expresión de los mares helados que gimen eternos en el norte.

Elena entreabrió los labios: carámbanos de marfil, largos, agudos y crueles... fascinantes.

—Un instante... ¡Sólo un instante de este amor! Una chispa del placer que gozan los dioses, un papel en esa historia que siempre termina igual —pensó el marqués, y todo se volvió oscuro a su alrededor.

LAS DUNAS

Esa mañana Francisco se levantó —como todas las mañanas— desganado, pero con resignación para irse a trabajar. Somnoliento se metió a la ducha y dejó que el agua le recorriera el cuerpo hasta agotar la reserva caliente.

Francisco procedió a rasurarse (olvidó hacerlo antes de la ducha) luego tomó uno de sus trajes grises y se puso la corbata frente al espejo. Se aplicó unas gotas de loción —quizá demasiadas— y su ánimo respiró un poco. Bajó las escaleras y el silencio fue evidente:

—¿Adónde fueron Martha y los niños? —se preguntó. Llamó sin respuesta, luego buscó en su mente una de tantas explicaciones mientras calentaba el agua del café y se hacía un emparedado.

—¿El doctor? ¿Un festival de los chicos?..

En todo caso lo olvidó a la segunda mordida de su emparedado ya que las gráficas de la compañía se le presentaban en la memoria como laberintos sin fin alguno. Al mismo tiempo que se limpiaba la boca con una servilleta de papel abrió su maletín para cerciorarse de que no le faltaba nada.

—Buenas tardes, señoras y señores —repasó mentalmente. Giró el picaporte de la puerta de salida y se encontró con un espectáculo inverosímil. No, no estaba soñando —la casa en medio de un desierto—. ¿Y la ciudad? ¿Y los árboles? ¿Y la gente? ¡Maldita sea! ¡El colmo de un ejecutivo! Y no un ejecutivo cualquiera. ¡No, señor! Se trataba ni más ni menos (así con mayúsculas) que del Licenciado Francisco Barragán del Prado, Jefe del Departamento de Vinculación Empresarial del Grupo Bardané, con Maestría en Economía Internacional y diversos cursos de Mercadotecnia en EL EXTRANJERO.

¡No, señor! ¡Éstas sí que son fregaderas! ¡Cómo que un desierto! Pague y pague los impuestos, ganando premios de Calidad y Productividad, respetando las leyes; los sábados al club, los domingos a misa y a la casa de los suegros, donde comía respetuosamente, sin derramar nada del plato ni mancharse la camisa. Pero al desierto no parecía importarle. Perdonen la expresión: ¡Con un demonio!

¿Qué? Un desierto, y la casa como si los voladores de Papantla, tan pintadita como siempre, con los jardines lozanos y con el excremento del perro del vecino en el frente.

—¿Por qué yo? —gritó, azotando el maletín en la arena y haciendo gala de una rabieta de niño chiquito que tan malos comentarios hubiera inspirado a los Alvarado, a los Gómez-Soto, a los Lapray, a los Gutiérrez y a los Jácquez.

Francisco vio a lo lejos la silueta de un perro —el artista de las mañanas—. Tomó un palo de la baranda y se fue detrás del animal, tropezando y perdiendo la compostura de tal manera que daba miedo.

El perro desapareció detrás de una duna, para luego volver con su ruidosa pandilla: una jauría sonriente.

—¿Qué? ¡No es un perro! ¡Es un chacal! ¿Cómo que un chacal? —protestó—. ¿Qué pasó con el orden, con el concierto y la civilización?

Francisco debió interrumpir sus quejas porque los chacales comenzaron a perseguirlo. Se metió a la casa en

forma indigna y le aplastó el hocico a uno de los animales con el histérico portazo. Puso los seguros y las cadenas, cerró las ventanas y se derrumbó en un sillón. Extrajo un cigarrillo del saco y lo encendió. Apenas le había dado una fumada cuando se puso de pie y levantó el auricular.

—¿Bueno? ¡Jaime! ¿Qué está pasando?

—¿Cómo que qué está pasando, idiota? Los representantes de Trindell se cansaron de esperar, y ya ves como son los gringos de delicados y puntualotes. Mañana te vienes por tus *chivas* —y colgó.

Francisco abrió la ventana para cerciorarse de que todo era mentira, pero el desierto seguía ahí, no así los chacales. Chupó furiosamente el cigarro y luego salió para toparse con una procesión de monjes silenciosos cubiertos de un hábito negro.

—¡Óigame! ¿Qué está pasando? —gritó a uno de ellos, quién no se tomó la molestia en contestar y siguió su camino.

Francisco volvió a interpelarlo:

—¿Qué no oye? ¿Está sordo? ¿Es imbécil?

En el colmo de su furia Francisco le arrancó la capucha para encontrarse con un ser sin facciones: un hombre hecho de espinas en ramas trenzadas. Los monjes siguieron *como si los voladores de Papantla* y nuestro héroe, después de recuperarse un poco de la impresión, le arrancó la capucha a otro de los místicos errantes con similares resultados, sólo que esta vez se arañó las manos. Siguió —con precauciones redobladas— una y otra vez, y entonces Francisco conoció el desamparo, la locura y el silencio.

Francisco miró a lo largo, en las formas alucinantes, en los pliegues de las dunas, y supo que era una procesión que no conocía leyes, buenas costumbres, principio ni final.

OCÉANOS DE TIEMPO

Flor, no te marchites, un cementerio duele sin ti, y entre estos muros de piedra, lejos de todo lazo exterior, nos tiñe un silencio de muerte que irrita el alma de los vivos y, ¿quién sabe?, quizá también a los que no se fueron.

El zumbido de los moscos, pequeños alaridos infernales; las espinas de un rosal, para hacerme una corona. Y me pregunto si soy el señor de este paraje, o simplemente un prisionero.

Los espíritus callaron y legiones de insectos bailaban a mi alrededor, y el humo del incienso me hizo llegar miles de experiencias; y a través de la distancia, a través de este mar de suaves ondulaciones, tu rostro presente en los médanos del tiempo. ¡Frío y cruel es tu recuerdo!, si tan sólo, nunca te hubiera conocido.

Detrás de los golfos de la fiebre, el estigma del sepulcro cuya tierra es suave y floja. Tras la cómoda pérdida de la razón no hay futuro y, después de todo, nada que perder. ¿Para qué preocuparse? Cúbrame el velo de la muerte con sus fríos dedos...

Una mirada a las montañas fue suficiente y caminé entre la bruma, al borde de la noche y del absurdo. Te vi sentada en un sillón, en medio de un paraje desolado. Los árboles secos extendieron sus ramas hacia nosotros, como garras nacidas en la mente de un maniático.

—No te sientes ahí —dijiste, y no escuché. Mi cerebro tarda en carburar.

—¡No! Ahí está sentado un amigo.

La silla mecedora, vacía, solamente ocupada por un fantasma, pero me acomodo en el piso y comienzo a mirar las formas volubles de los árboles, que provocan sonidos espectrales cuando pasa el viento a través.

—Mira...

No es a mí a quien le hablas, pues cuando lo haces, te diriges al vacío lugar; y en tu mano, una pantalla de vidrio que es parte de tu cuerpo, como si algún loco te la hubiera incrustado. En la superficie, figuras grises y cambiantes; luego aparece una vieja desnuda, bailando un rock duro, y sus esqueléticos miembros se agitan convulsivamente —y tu carcajada me estremece— tu lengua en pinceladas sobre esos delgados y rojizos labios, invitando a soñar. Abajo, una carretera se extiende interminable, pero es una carretera vacía. Nadie pasa por ella.

—Te equivocas —me dices, con una voz desconocida, rasgas la tela de mi disfraz, te abres paso por mi mente y me arrancas el pensamiento:

—Por ahí desfilan los fantasmas.

Un hombrecillo enjuto asciende la escarpada colina y, algunas veces, apenas se sostiene con las uñas, hasta que la sangre resbala por sus manos. Una vez junto a nosotros muestra un maletín abierto que no sé de dónde sacó. Ensaya una especie de sonrisa —falsa— como la ilusión de la ciudad.

—¿Compra cepillos? —pregunta.

En los alrededores, algunas ruinas de adobe que se desmoronan poco a poco, ante el paso del tiempo, del viento y de la lluvia.

PARKER

—¡Señor Parker! ¡Señor Parker!

El empresario voltea con enfado separando la vista de sus papeles y se levanta dispuesto a ganar la salida del escritorio...

—Ella ha vuelto.

La confianza se aleja del señor Parker. Se siente asustado, se pone pálido y rápidamente, dominando el temblor de las manos, saca un puro de los cajones y lo enciende para calmar los nervios. Mira hacia el piso, meditabundo... ¡Ay! El piso de la confortable oficina, todo hecho de mármol y de fulgores, de reflejos que guían la vista hacia las paredes, a los detalles del mobiliario y a las obras de arte, a los recuerdos que después se llenan de máscaras absurdas, de cifras rojas y amenazas telefónicas.

Una copa de olvido, para no darse cuenta de ese momento en que...

—Buenas tardes.

Los cargadores comienzan a llevarse el escritorio y las pinturas bajo la mirada de policías que semejan simios grotescos y que parecen reír, y el señor Parker ve el rostro imposible de una vieja cubierta de harapos.

—Parker. ¿Me recuerdas? —murmura la mujer mientras pasa una mano por las canas del empresario, y él se derrumba en una silla.

—Perdone —dice uno de los cargadores, casi apenado—, pero también nos la vamos a llevar.

Y el señor Parker se levanta con las piernas temblorosas mientras le retiran la silla. La vieja del rostro imposible sonríe. Sus ojos negros, vacíos, proyectan una tristeza infinita, un desamparo total.

—¿Me extrañaste? Ya estoy aquí —dice ella, y le muestra sus dientes podridos.

EL VIEJO Y SU PERRO

El viento frío de octubre juega con las hojas y con el polvo, y luego aúlla al pasar entre los árboles. A lo lejos se escucha el ladrido de los perros y el camino empedrado de la hacienda se cubre de hojas.

El anciano me mira burlón mientras fuma su pipa: sus ojos parecen dos astros opacos, indiferentes, con una esencia vegetal.

—Toma las llaves, muchacho —dice, al tiempo que las extiende con manos arrugadas que lucen uñas mestizas de tierra. Su barba no alcanza a esconder la pena —le duele desprenderse de la casa—. Después llama a su perro y los dos se van, se pierden en la distancia como dos fantasmas condenados a la ignominia. Nadie los volverá a ver, se han ido buscando un sueño, ¿el sueño de la muerte?

La puerta se abre sin emitir ningún chirrido. Es extraño, por un momento me pareció que entraba a una mansión de espectros —y no me equivoco— la presencia de alguien llena la casa y se torna tangible, para luego diluirse de nuevo, en el silencio.

El humo del tabaco se adueña de la sala: quizá pretendo llenar este vacío, quizá tan sólo quiero matar el tiempo que se

desliza hacia mí, suavemente, hasta que un día me vaya como el viejo a buscar mi sepulcro...

No había notado en la duela del piso una puerta disimulada —el viejo no me la mostró la primera vez que vine—. Por la escalinata subterránea, alaridos ancestrales llaman para apresarme en un mar de locura y alucinación; luego, mis pasos resuenan en las bóvedas y el olor de la humedad se me pega en el rostro. Una lámpara de aceite forma sombras tenebrosas que me recuerdan a mí mismo, de niño, llorando en la oscuridad.

Ella sonríe, la quiero tocar, pero es como el humo. A través de su etéreo cuerpo, el cráneo descarnado de un cordero; entonces, ella se va, como un sueño...

¿Cuánto tiempo pasó? Nadie me responde. Mi reloj está hecho pedazos y mis ropas se volvieron blancas —como estas paredes— como la figura de esa perturbada mental que me observa fijamente. ¡Es ella! ¡Es ella!..

De pronto, un individuo corpulento y de bata me ordena que lo siga, y andamos por pasillos de llanto entre carcajadas de autoconmiseración. Al final del pasillo, en un despacho brumoso, un tipo de gafas y con cierto aire maniático nos aguarda. Me hace unas preguntas que no entiendo, pues son tan lejanas y me cuesta trabajo poner atención, así que divago en los detalles del cuarto: en un cuadro, la pintura de un perro y de su dueño. ¡Es el maldito viejo que me vendió esta casa! ¡Él fue quien la pintó de blanco!

Comienzo a sollozar ahogadamente. El hombre situado detrás del escritorio intercambia unas palabras con el fortachón de bata. Con una mirada severa este último me toma del brazo y yo me dejo conducir.

Bajamos las escaleras hasta llegar al sótano, donde sigue el cráneo, sonriente, burlándose de mí.

Afuera, el tiempo sigue cortejando a los gemidos de mil ayeres.

UN DÍA EN LA CORTE DE SALOMÓN

—¡Bravo, Salomón! ¡Eso fue espectacular! —dijo el demonio del anillo con esa voz pastosa que recordaba el sonido de un borracho vomitando—. Si lo deseas puedo transformarme en una linda doncella y lamer tu desnudez.

—¡Cállate, criatura impura! —se exasperó el rey.

—O si lo prefieres —continuó el demonio— puedo tomar la figura de un bello mancebo y mostrarte los goces prohibidos de los gentiles.

—¡Cállate, maldito!

—¡Oh! ¡Rey sabio! —insistió el demonio, pues en esa ocasión se encontraba más parlanchín que de costumbre—. Por siglos se hablará de este juicio: debo confesar que por un momento me emocioné con la imagen del niño partido en dos, pero la desilusión se abrió paso por mi nada en cuanto penetré tus designios. Antes de que terminaras de hablar supe que se trataba de un ardid para averiguar cuál de las dos prostitutas era la verdadera madre.

—¡Bravo por el rey sabio! —chilló la legión que se encontraba bajo las órdenes del demonio del anillo.

Salomón acarició su negra y brillante barba para luego decir con gravedad.

—Incluso tú reconoces la sabiduría que El Señor, en su misericordia, me otorgó. En virtud de ella pude encadenarte para que sirvieras al Altísimo, pese a ir en contra de tu retorcida voluntad.

—¡Ah, Salomón! En verdad te digo que la sabiduría siempre se hace acompañar de la soberbia. Por ella cayeron los ángeles antes de que existiera el tiempo.

—Trataré de guardarme de ese pecado y utilizar mi don para impartir justicia.

—¡Justicia! —se burló el demonio—. La justicia es el hacha del verdugo que obedece a una moneda entregada al azar.

—La justicia —dijo Salomón, pues deseaba destruir los argumentos del demonio y mostrarle quién mandaba— es tornar al equilibrio. La justicia no es el hacha del verdugo, pues debe administrarse con moderación.

El demonio del anillo soltó una carcajada que recorrió como una exhalación los amplios corredores del palacio, agitando a su paso los purpúreos cortinajes de bordes dorados, y luego murmuró con su voz obscena, ofensiva:

—Conozco un crimen que te dejaría helado. Una acción tan baja que borraría de tu mente cualquier idea de moderación.

"Escucha: hace un momento la guardia encontró el cadáver de una niña de doce años de edad. Mejor aún, deja que te muestre la insólita belleza de la escena".

—Hazlo —ordenó Salomón y en un espejo de plata comenzó a formarse una figura: se trataba de una adolescente amarrada a un poste, desnuda.

Un escalofrío recorrió al rey cuando vio que en la carne que habían respetado las fieras se apreciaban las huellas del hierro candente, monstruosa obra coronada con un clavo que le atravesaba las sienes.

—Salomón, soy impaciente así que te lo voy a poner fácil —susurró el demonio sin ocultar una alegría salvaje—. La niña se llamaba Judith: hasta el grosero intelecto de la guardia tomó por sospechoso al corrompido Ísmar, el herrero, así como a sus concubinas Rebeca y (la otra se llama como tu madre), Betsabé. Ahorra tiempo y manda traer a Ezequiel, el tabernero.

El rey dio una palmada y al momento acudió uno de sus sirvientes, a quien dio instrucciones para que le trajeran al tabernero.

—Sí, señor —dijo el sirviente y procedió a cumplir el mandato del rey.

Poco después el herrero Ísmar y sus concubinas fueron conducidos ante Salomón, quien se dirigió al primero:

—¡Ísmar! ¡Confiesa tu crimen! Ezequiel nos lo ha dicho todo —mintió, pues el tabernero aguardaba en una celda por consejo del demonio—, conocemos cada detalle de tu participación en la muerte de tu hija.

Ìsmar rompió en llanto y, con la voz entrecortada, respondió:

—¡Señor! ¿Cómo podría haber participado en la muerte de mi pequeña Judith? ¿Cómo podría si ella era mi posesión más preciada? Mi maravilloso tesoro de alabastro.

—¡Confiesa, perro! —gritó el rey mientras escrutaba al herrero con ojos que parecían arder y registrar hasta el más mínimo gesto de su súbdito.

—Señor, lo juro: no sé nada sobre la muerte de Judith.

Salomón suspiró: el hombre le parecía sincero cuando negaba haber matado a su hija, pero una vaga sensación de que le ocultaba algo acechaba tras la clara inteligencia del rey.

Salomón se volvió hacia una de las concubinas de Ísmar:

—¿Rebeca?

La mujer, que tenía el aspecto de una prostituta envejecida, se arrojó al piso y dijo:

—¡Oh, rey sabio! Lo diré todo, confesaré lo que he callado por miedo, esperando un poco de piedad de tu parte.

—Prosigue, mujer, y tal vez encuentres la misericordia.

—Fue Betsabé —dijo Rebeca señalando a la otra concubina cuya belleza, aunque de tipo vulgar, resultaba evidente—. Fue esa lamia, esa empusa que se inclina ante los pies de Moloch, mientras los falsos sacerdotes se entregan a indecibles actos para silenciar los alaridos de los niños que agonizan en las ardientes entrañas del ídolo de bronce.

—¡Miente! —protestó Betsabé, pero el rey la hizo callar con un gesto y Rebeca prosiguió:

—Mi señor, usted sabe que los idólatras consultan horribles oráculos hechos con las cabezas de sus pequeñas víctimas, las cuales meten en huecos que practican en las murallas, donde les fabrican un cuerpo con asfódelos, verbenas y otras plantas que envuelven en vendas y empapan con sangre para atraer a las larvas del desierto.

Salomón asintió:

—Yo vi cuando esta mujer les vendió la niña a los nómadas para que sirviera a sus apetitos infernales.

Ísmar gimió como una bestia herida mientras desgarraba sus vestidos y se tiraba de la barba hasta arrancarse mechones de pelo.

—La acusación es muy seria —dijo Salomón—, ¿tienes forma de probarla?

—Esto se pone bueno —susurró el demonio del anillo—, son dos mujeres culpables a causa de sus celos.

—Puedo probarlo —dijo Rebeca—. ¡Buscad en su vestido! ¡Buscad las piezas de oro que una mujer del pueblo no podría conseguir por caminos honrados!

—¡Registradla! —gritó el rey y los guardias, con la zafia sonrisa de los chacales hurgaron entre las ropas de la mujer hasta dar con un saquito que contenía una elevada cantidad en joyas y monedas de oro.

—¡Piedad! —gritó Betsabé.

—No hay piedad para las hechiceras, Betsabé.

—Es cierto que vendí la niña a unos nómadas, mi señor, pero lo hice por nobles motivos.

—Por celos —susurró el demonio del anillo y dejó escapar, imperceptible para los presentes con la excepción de Salomón, su odiosa carcajada.

—El Señor de los Ejércitos es testigo —afirmó Betsabé— que yo no practico la hechicería. Me vi obligada a venderles la niña para evitar más actos contra natura: Ísmar obligaba a la pequeña a acostarse con él en la misma cama como hombre y mujer, pese a las prohibiciones de nuestras sagradas leyes.

Salomón miró fijamente al padre de Judith y éste bajó la mirada, avergonzado: de esta forma el rey supo que el herrero era culpable de incesto. Los demonios comenzaron a reír juntos y Salomón sintió náuseas. Las carcajadas de aquellos seres le recordaban el zumbido de las moscas y la plaga de la langosta.

—¡Esto es una obra de arte! —rugió el demonio del anillo—, y lo más interesante es que también eres culpable. ¿Recuerdas, rey, aquella pastora de dulce mirar? ¿Yadira?

Salomón impuso silencio al demonio con un gesto y exigió a los guardias que le trajeran a Ezequiel a quien ordenó con voz tonante:

—¡Di lo que sabes sobre la muerte de Judith! ¡Ay de ti si mientes, perro!

Ezequiel enfrentó al rey con una mirada clara, una mirada desnuda, filosa como una espada sedienta de homicidio, terrible como la estirpe maldita de los ángeles y las hijas de los hombres, como la magia negra...

—Señor, que mi nombre sea execrado siete veces siete si miento; que mi alma vague sin descanso por cordilleras de fuego, a través de los tiempos por venir, si trato de cambiar uno solo de los hechos de que fui testigo.

"Aquella noche fatal un grupo de nómadas se embriagaba en la taberna. Recuerdo claramente que el jefe, Azrabdul, se

jactaba de que en unos momentos aumentaría su harén con la posesión de una muchacha hermosa como la luna que se refleja en las aguas calmas de un oasis, lo que no constituía un obstáculo para ver con una lujuria desvergonzada al mozo que le atendía, a quien se permitió acariciarle las nalgas y besarlo, contra su voluntad, en la boca".

"¿Qué podía hacer yo, señor, contra esos bárbaros? Y hablar a la guardia se me antojaba como un despropósito... temía que volvieran a abusar de mi mujer, temía que mis hijos volvieran a sentir la horrible humillación de ver a su padre impotente mientras esos simios mancillaban a su madre... no podría resistirlo una vez más".

"Llegó una mujer con el rostro cubierto con un velo, un velo que no engañaba a nadie, pues todos conocemos perfectamente a Betsabé, el modo licencioso en que camina, su impúdica risa. La acompañaba una niña, también velada... inútilmente. ¿Cómo no reconocer el paso de pajarillo asustado y con las alas rotas de esa pequeña? Estoy seguro que se trataba de Betsabé y de la inocente Judith".

"Esa golfa se acercó al jefe de los nómadas, el maldito Azrabdul, ¡que su nombre se pierda en el olvido!, y sin importarle las lúbricas caricias de los bárbaros, estuvo regateando el precio de la niña, a la que finalmente se llevaron esas bestias del desierto".

"Soy un cobarde, señor, y lo reconozco... soy un miserable, pero con El Altísimo por testigo le aseguro que no hablaría de esto si no fuera por la intensa demanda de justicia que me grita la sangre de mi hijo, ese niño torpe que amaba a la pequeña Judith".

"Mi hijo Seth se atrevió a seguirlos, sin que me diera cuenta, hasta las ruinas de los templos malditos de los gentiles, sitios desolados que únicamente frecuentan las larvas y los criminales, y en esos pozos de inmundicia cuyas piedras mudas han testificado innombrables abominaciones mi heredero se enfrentó a un horror que se encontraba más allá de sus fuerzas, pues le costó la vida".

"Al amanecer mi hijo se presentó en casa completamente desfigurado: se arrastraba de manera lastimosa dejando un trazo de su propia sangre, y sólo atinaba a decir palabras entrecortadas".

"Casi me parece oírlo mientras acusaba a los demonios del desierto, mientras invocaba a su amada y señalaba a esa criatura que todos conocemos como Rebeca, si bien es cierto que ningún monstruo como ella debería pasearse bajo el cielo con un nombre de mujer".

Ezequiel cayó de rodillas y se cubrió el rostro con sus toscas manos mientras el alma se le despedazaba en el canto de lastimeros sollozos.

De pronto todo fue muy claro para Salomón. ¿Cómo pudo pasarlo por alto? ¿No le había dicho el demonio que todos eran culpables, incluyéndolo a él mismo? Ísmar se acostaba con su propia hija, Betsabé vendió la pequeña a los brutales nómadas y Rebeca había participado en sus rituales, como tanta gente en el reino, pues la seducción de los viejos dioses difícilmente podía ser desterrada.

¿Qué le había dicho el demonio? Recordó un beso, una caricia en la noche. Una idea fija comenzó a atormentarlo y fue presa de la náusea, de un enorme deseo de arrojar su sabiduría contra las barbas del Todopoderoso.

Salomón se volvió hacia Ísmar con el rostro desencajado, con una mirada de fiera salvaje, y el demonio del anillo rió por lo bajo.

—¿Cómo se llamaba la madre de la niña? ¡Responde! ¿Cómo se llamaba tu primera mujer?

—Yadira, mi señor —contestó el aludido con una voz temblorosa que presentía la desgracia.

Y después de la respuesta de Ísmar el rey se sintió tres veces más viejo. Exhaló un profundo suspiro y procedió a dictar sentencia.

CRISTAL

La fiesta agotó sus posibilidades y los últimos convidados desaparecieron. César esperaba, impaciente, el vacío de la estancia. ¿Qué era tan importante? ¿Por qué razón Alberto no podía esperar hasta mañana, cuando las burbujas del alcohol dejasen de fluir en su cerebro?

Alberto abrió la puerta de su estudio y, como un personaje de Óscar Wilde, extrajo un largo y fino cigarrillo, pues fumaba con placer de sibarita.

—¿Supiste que Alejandra se casa? —dijo sin preámbulos. César trató de fingir, pero los colores lo fueron delatando y el frágil equilibrio huyó entre pesadas resonancias.

Y le era difícil levantar la vista.

Después de miles de instantes inconmensurables, preguntó:

—¿Cómo te enteraste?

Alberto se limitó a extender el periódico, donde aparecía una mujer a punto de desposar a un gorila...

César se volvió de hielo y se rompió en pedazos, pedazos que revelaban sangre, pedazos que huyeron por la chimenea y se adueñaron del volante.

Y las calles resentían el ruido, y las risas dementes viajaron por el asfalto.

El vehículo de César se fue deshaciendo en la distancia —víctima de un hechizo— e impactado por el aire...

...se fue volviendo aire.

ENTERRAR A LOS MUERTOS

Tu voz me recuerda al viento, irreal y sin embargo...

Vivo, palpo tu imagen y cada vez descubro una nueva sensación, como al bailar muy juntos, o al disponernos a viajar: El sabor de un tabaco selecto, un vino extranjero y añejo, una melodía —todo— y nada en ti.

Caminamos, las hojas crujen bajo nuestros pies. No hay pájaros que canten; en cambio, lo hace el viento... y sonríes, pero nunca dices ni una palabra. Hay algo que no me gusta en tu lánguida sonrisa, pues tú sabes...

—¿Que me amas?

La tarde va rociando las piedras con sol y entre los dorados matices, entre las espigas que se rinden, a veces creo...

—¿Que me miras?

Lágrimas, tomo tus manos y cierro los ojos. Al abrirlos, sólo polvo y fragmentos de hojas secas que escapan por entre mis dedos. ¿Dónde estás? ¿Qué te has hecho? Acaso...

Ahora recuerdo.

LA VISITA

Esta mañana me mandaron por leña: me daba flojera levantarme, pero al fin tomé el hacha y al llegar a los árboles, el sol fue calentando. Terminé, me disponía a regresar, cuando vi una silueta que se acercaba, y el viento me sugirió que era El Diablo; es más, desde que lo vi estuve positivamente seguro de que era El Diablo. Avanzaba con ese paso lento y marcial, con ese porte de aristócrata arruinado. A punto de correr sentí que me miraban y por vergüenza, esperé un poco.

Y El Diablo me alcanzó y me llamó por mi nombre.

Corrí sin detenerme hasta llegar al rancho. Mi madre hablaba con doña Refugio, la vecina medio sorda: que si Lupe; que si Octavio, el hijo de don Ameche.

Pasaron unos minutos y el susto comenzó a disiparse, pero El Diablo llamó a la puerta, y yo me fui a la alacena a fumar un cigarrillo y a quemar los nervios, pasando de un lado a otro la mirada, del azúcar a los granos, del agua al vino.

Doña Refugio me pidió que le encendiera la chimenea y, al mirar por la puerta, vi que El Diablo sostenía un plato y

devoraba con avidez los tacos que le llevó mi madre. El Diablo me miraba y sonreía, con los frijoles derramándose en el plato.

Mamá y doña Refugio quieren que salga a llevarle *a ese señor* un tarro de leche, y mis excusas no sirven de nada. El Diablo vuelve a sonreír, y yo temo el momento en que me acerque, y lo que pueda decirme El Diablo.

EL VENTILADOR

Encendí el ventilador. El aire artificial daba de lleno en mi rostro, las luces de la ciudad brillaban fuera. Bebía un poco de café acompañando un cigarrillo, los compases de una música deslizaban por mi pecho secretos sueños del ayer que despertaron en un instante. Vacilé: era el miedo a la locura, a destrozarlo todo. El corazón amenazaba con volar hecho resortes, necesitaba respirar —era preso de la angustia—.

Recorriendo las calles de la ciudad: luces de neón, vida nocturna; una vieja *discoteque* semioculta abre sus puertas y vomita mujeres pintarrajeadas, como fantasmas de un teatro.

Una prostituta se acerca, sus ojos poseen un dejo de infancia. Hay algo de soñador en sus ademanes —ilusiones aplastadas por la bota de la gran ciudad—. Me alejo, ella se vuelve con una mueca de fastidio.

De pronto, un vehículo frena con violencia.

—¡Épale! ¿Qué te habías hecho? —y bla, bla, bla...

Amigotes: me voy con ellos en el carro, mis pies descansan en la ventanilla, la cerveza se desliza en mi garganta. La fiesta empieza, la fiesta de la gran ciudad.

A mitad del desenfreno la policía nos detiene: discusiones, ruegos, billetes —angustia—.

Una vez que se van miramos alrededor. ¿No era ése el vecino? Respiran hondo. Ellos tienen miedo de que todo se haga añicos, de que la locura destruya sus vidas. Le temen al viento y a los espacios inmensos, pero a mí ya no me aterroriza la demencia —¡estoy loco!—.

El viento arrastra sonidos confusos y lejos, entre cuatro paredes, el ventilador sigue trabajando.

EN LÍNEA RECTA

No estamos dispuestos a escapar de este frío suelo de concreto, del cielo, alambrado en púas de acero.

Somos esclavos del cuerpo y a lo lejos, la ciudad llama a gritos con sus bares, con sus luces; somos la raza de los ángeles caídos, vivimos entre nubes y ensueños de alcohol, y las horas implacables continúan su curso sin detenerse un mísero instante, y las cadenas nos impiden ir hasta donde quisiéramos, hasta donde nunca, nunca llegaremos...

—Doctor, ¿hay alguna esperanza? —El galeno se esfuerza por dibujar una mueca de dolor, pero es de fastidio.

—No quiero engañarla, señora, hay pocas esperanzas. Su hijo está muy mal; pero créame que se hará todo lo posible.

Mi madre llora, la escucho, y no puedo moverme para consolarla. Después de unos minutos una enfermera cierra la ventanilla, corre la cortina y me veo rodeado por esta blanca oscuridad, ¡y tú no estás aquí!, y tengo que prescindir de tu sonrisa una vez más.

Mi madre sale de la habitación, la enfermera se queda sola y me toma el pulso; luego, el maldito chillido y esa línea quebrada, luminosa.

A mi memoria llega el recuerdo de una carretera, degustando contigo el placer, siempre en línea recta. Ya sé a dónde lleva ese camino; pero prefiero cerrar los ojos a lo inexorable.

—¡Bip!.. ¡Bip!.. ¡Bip!.. ¡Bi! ¡Biiiiii!..

EL HORRIBLE CASO DEL DOCTOR CARVAJAL Y SU EXTRAORDINARIO INFORME DE LOS ESPELUZNANTES ANDROARTRÓPODOS

En vista de los hechos catastróficos que amenazan a la especie humana y en mi calidad de testigo "privilegiado" de los primeros brotes de la epidemia, me he decidido a rendir el informe requerido por las autoridades de este Gobierno Provisional del Refugio Ártico, a pesar de los serios trastornos que esto me ocasiona y con la esperanza de que las siguientes líneas puedan arrojar una luz sobre las causas del fenómeno.

A pesar de mis limitaciones (ya que no soy un periodista y mucho menos, un literato) intentaré referir los pormenores de lo ocurrido, y las teorías que formuló el Comité Interdisciplinario de Especialistas en Montola, S.A., así como mis propias impresiones.

Lo cierto es que nadie sabe cómo empezó todo, simplemente los hombres comenzaron a transformarse en

insectos o en algo parecido que la comunidad científica, a falta de mejor nombre, bautizó como *androartrópodos*.

Aún se discute si los primeros casos se dieron en los Estados Unidos o en China, pues las autoridades de dichos países procedieron con el mayor sigilo, pese a lo cual se filtraron en Internet algunos informes que detectamos muy tarde y que en su momento nadie creyó por razones naturales que hoy han desaparecido a la luz de la monstruosa evidencia.

En lo que a mí concierne, me vi envuelto en los hechos durante la primavera del año pasado cuando los directivos me requirieron para revisar a un obrero que presentaba extraños tumores: de su cabeza y de ambos costados a la altura del vientre asomaban protuberancias, sin que nadie hubiera dictaminado la causa. Asimismo sus globos oculares estaban llenos de burbujas que se presumían una infección de la córnea.

Durante varios días tuvimos al obrero en observación, y las protuberancias de la cabeza se fueron desarrollando hasta formar antenas; en los costados aparecieron sendas patas y sus ojos se volvieron complejos ante nuestro asombro.

Temerosa del escándalo y como en la empresa se manejaban algunos isótopos radioactivos, la dirección no escatimó recursos y formó un grupo de especialistas:

El doctor Celso Manslow, genetista; la doctora Casandra del Fuete, exobióloga y feminista; el profesor Mauricio Macarrones, investigador y, entre muchas otras eminencias, Rosy Hernández, lo cual resultaba un insulto.

Esta mujer, divorciada, cuarentona y seca, uno de los especímenes humanos más hipócritas y mediocres con que nunca antes me haya topado, se había auto nombrado "oreja" de los jefes, por lo que acudía a recibir a los investigadores, les mostraba las instalaciones de la planta, les ofrecía un café, un refresco, algo de comer, les contaba sus penas y alababa a la compañía (esperando que alguien dijese

algo en contra) pero el brillo estúpido y culpable de sus ojos la delataba. Era completamente ridícula y, a pesar de su falta de preparación, pretendía juzgar el trabajo de los sabios.

Ahora bien, el Comité siguió creciendo ante la imposibilidad de hallar una solución, así conocimos a Manfredo de la Rosa, filósofo; Volsandokan de Andrómeda, astrólogo; Epifanio Cahuich, shamán; Lindoro Cajiga, profesor de literatura, y demás caterva de locos que barajaban las más extrañas teorías. Finalmente el Comité Interdisciplinario se dividió en tres grupos de opinión que fueron bautizados como: "Los Alienistas", cuyos principales exponentes eran la doctora Casandra del Fuete, Volsandokan de Andrómeda y Epifanio Cahuich; "Los Mentalistas", representados por Manfredo de la Rosa y Lindoro Cajiga y; "Los Soda-Pop", encabezados por el doctor Celso Manslow y el profesor Macarrones.

El día señalado para que el Comité rindiera cuentas se presentaron los altos directivos y (aún no me explico de qué manera o bajo qué credenciales) Rosy Hernández, la operadora metiche.

La primera exposición estuvo a cargo de "Los Alienistas". La doctora del Fuete comenzó argumentando la imposibilidad matemática de que el nuestro fuese el único planeta del universo con vida, luego nos presentó multitud de casos ovni que se presumían reales, procedió a mostrar gráficos y fotografías de supuestos seres extraterrestres y concluyó diciendo que muchos de ellos presentaban la estructura de un insecto o, con más propiedad (debido a las muchas variantes) de un artrópodo. Propuso el término *androartrópodo* (que después volverían popular los medios masivos). Aquí entró Volsandokan de Andrómeda diciendo que había evidencias de contactos extraterrestres en la antigüedad. Defendió la consabida teoría vonikeana de que las pirámides de Egipto, la civilización maya, las estatuas de la isla de Pascua y demás, eran obra de los extraterrestres. Asimismo señaló la convergencia de muchas profecías. En

este punto el licenciado Antonio Buitrón, presidente de la sucursal de Montola en que laborábamos, se revolvió nervioso en su lugar, temiendo las carcajadas de los directivos extranjeros. Cahuich intervino diciendo que escuchaba voces extraterrestres de unos "seres de luz" que prometían el nacimiento de una nueva especie híbrida.

—No teman, señores. Se avecina una era en que los elegidos accederán al reino del mañana.

Tocó el turno a "Los Mentalistas". Manfredo de la Rosa explicó que los antiguos creían no en el progreso de la raza, sino en la decadencia de la misma, cosa que se podía ver en los mitos que hablaban de lejanos héroes prodigiosos. Aseveró que somos el producto de nuestros pensamientos. Otorgó la palabra a Cajiga, quien explicó la pertinencia del arte para dar con una solución al problema:

—Señores, el artista es un hombre que habla en lenguas: ni él mismo comprende el mensaje metafísico de lo que llama ficciones.

Así, Edgar Allan Poe habría llegado a predecir un acto de canibalismo en sus "Aventuras de Arthur Gordon Pym", mismo que después fue corroborado, pues el nombre de la víctima y del barco correspondieron al hecho que se dio luego de escrita la obra.

Llamó profetas a Lovecraft y a Kafka, siguió con una lista que incluía, entre otros, a Jonathan Swift, Borges, Dante, Swedenborg y al cineasta James Woods.

Manfredo de la Rosa agradeció a Lindoro Cajiga su sólida exposición y concluyó:

—Señores, somos el producto de nuestros pensamientos. Basta mirar en esta y otras compañías para advertir la evidente semejanza con una colmena, un panal o un termitero: todos del mismo color —señaló la ilustración de un monigote con la bata azul de Montola— el mismo instinto, la idéntica laboriosidad incesante. El fenómeno se debe a que el modo de vida del hombre ha cambiado su espíritu: no es nada más que una manifestación

psicosomática extraordinaria. Kafka ya lo había dicho: el hombre reducido a la condición de un insecto.

Un helado silencio se adueñó de la sala de conferencias. Rosy Hernández permaneció con la boca abierta. Es evidente que no entendió nada de la explicación.

—¡Señores! ¡Por favor! —tronó el doctor Celso Manslow—. No debemos permitir que estos hechos fuera de lo común nos conduzcan a las esferas de lo irracional. Pido la palabra para el profesor Macarrones, portavoz de nuestro equipo de investigación.

Una vez concedida la palabra al eminente investigador, este procedió a explicar que las mutaciones obedecían a múltiples factores. Sugirió que los ataques epilépticos provocados por la televisión e Internet, así como las radiaciones de los teléfonos celulares eran responsables, en parte, de la metamorfosis.

—Asimismo creemos que las gaseosas expendidas por las máquinas de la compañía están contaminadas por agentes radioactivos.

Apenas pronunciadas estas palabras, Rosy Hernández, más montolista que los mismos dueños de Montola, saltó hecha una fiera y se prendió con ambas manos del cuello del profesor Macarrones.

—¡Mentira! ¡Mentira! —gritaba histérica—. Lo que usted pretende es desprestigiar nuestra fuente de trabajo.

Nadie sabía qué hacer. El profesor se retorcía entre las garras de la tipa. Al fin consiguió propinarle una fuerte patada, con lo que la operadora cayó al suelo. Cuál no sería nuestra sorpresa al ver que unas extrañas convulsiones recorrían el cuerpo de Rosy Hernández. Una espantosa y velocísima transformación, más allá de todas las palabras, se verificó ante nosotros, y en medio de ese tornado de locura y horror, me sentí como un náufrago, como un huérfano de la naturaleza y del orden cósmico que habíamos conocido y que ya presentía moribundo.

El engendro agitó las alas y voló hacia el profesor Macarrones, a quien rodeó con sus patas velludas y le hundió la trompa en la garganta, y enseguida tuvo lugar un hecho escatológico que es preferible omitir, ya que está perfectamente documentado. Basta decir que al final del proceso el profesor y Rosy Hernández se habían fusionado en lo que parecía una estructura discordante de cucarachas en el fondo de una masa gelatinosa, pestilente y burbujeante.

Todos huimos del salón, asqueados y confusos. El licenciado Antonio Buitrón daba de gritos, los visitantes extranjeros exclamaban que se sellara el cuarto, orden que se cumplió con la mayor premura posible.

Conforme pasaron los días alguien comentó el hecho a una conocida cadena de televisión, cuyos jefes enviaron a un reportero, Erick Vázquez, quien luego llegaría a ser mi amigo. De él son las notas que anexo y que me dio poco antes de morir. Pueden servir para explicar mejor la situación, a pesar de las divagaciones de que adolece.

Notas de Erick Vázquez
17 de junio de 20...

Siempre he pensado que el periodismo es una basura. Yo, Erick Paradoja, circunstancialmente reportero de esta maldita televisora, poeta de nacimiento y desheredado por el sistema de los imbéciles, pude constatarlo este día apestoso de la manera más grotesca posible.

Recuerdo que solía fastidiar a Armando Aznar diciéndole que el oficio, al cual él parecía tenerle mucho apego, era similar a un hombre que se echara un clavado en un depósito de basura para tomar los pañales sucios que ahí estaban y luego proceder a "catarlos", analizando el sabor para llegar a alguna conclusión.

En el colmo de la metáfora este día se presentó el idiota de Pablo Torres, un imbécil amigo del gerente de la zona norte, ese palurdo creído del ingeniero Federico Ibarra. Este último nos anunció que Pablo Torres era el nuevo director de noticias regional y para pronto el flamante filisteo trató de justificar su salario echándonos un sermón de calidad periodística y afán de investigación.

Sordo a las protestas por los bajos sueldos y los esclavizantes horarios, Pablo Torres (aquí intervino el ingeniero Ibarra, cerdo capitalista de la peor especie, para aventarnos un "speach" sobre la vocación), el directorcito recién estrenado, entró en una especie de paroxismo, lambiscón hacia arriba y prepotente hacia abajo, para soltarnos una serie de parrafadas que giraban en torno a la inconveniencia de que los "señores periodistas" se limitaran a recabar declaraciones de funcionarios.

—¡Hay que investigar, señores! ¡Es preciso darle a nuestro trabajo un valor humano, que refleje la problemática social! —decía el tipo mientras se agitaba como si fuera víctima de un ataque epiléptico.

Y entonces, ¡lo juro por lo más sagrado!, ese lame culos de mierda tomó el bote de basura que se encontraba en el suelo y vació su contenido en la mesa de redacción, ya de por sí asquerosa debido a los innombrables caldos intelectuales que ahí se cocinaban diariamente en un afán siempre creciente de satisfacer el apetito del vulgo por la supuesta novedad.

—¡La noticia se encuentra en todos lados! —chilló en el colmo del éxtasis—. ¡Incluso en la basura! ¡A ver! —dijo mientras tomaba una lata de refresco vacía—, ¿cuántos obreros trabajan para fabricar este refresco?

Confieso que no me importaba lo más mínimo ni creo que a una persona razonable pudiera quitarle el sueño tan fastidioso tema. Pablo Torres prosiguió:

—¿Cuánto ganan los que producen el líquido? ¿Cuáles son sus problemas, sus sueños, su situación laboral? —comenzó a arrojar espuma por la boca—. ¿Qué cantidad de aluminio de origen nacional se emplea en la fabricación de los envases, o son importados, o qué rayos?

El despreciable sujeto nos "obsequió" una mueca espantosa, que quería significar una sonrisa de inteligencia, de la paternal comprensión que un gran sabio brindaría a un grupo de monos amaestrados y, corriendo de un lado para otro, atacado de convulsiones, agitaba ora un papel higiénico que había tomado de la mesa, ora una colilla de cigarro embarrada de lápiz labial, ora un cotonete lleno de cerilla, o la primera porquería en que fijaba la vista, y continuaba sugiriéndonos

historias de "gran interés y contenido humano". Yo deseaba que apareciera un condón para ver qué cara ponía.

El lamentable discípulo de Cloacina (que sospecho sea la musa del periodista), procedió a entregarnos unas órdenes de información tan difíciles de satisfacer, que tuve la seguridad de que ese día saldría del mugroso agujero que es la televisora hasta la caída de la noche.

El asunto se puso más complicado para mí cuando Carlos Arango, reportero recientemente destituido como jefe local de información, recibió una llamada telefónica. Una vez que colgó el auricular puso al tanto a las "altas personalidades" de la televisora (en un innoble afán de ganarse su buena voluntad, pese a que le habían dado una patada en el culo a favor de Jorge Ramos, un tipo aun más nefasto que él) acerca de un contacto que le hacía saber sobre un problema en la empresa Montola, ese ruin campo de concentración donde, según afirmó el soplón, cientos de obreros eran víctimas de mutaciones debido a agentes radioactivos. Me encargaron investigar el asunto y el cerdo de Ibarra me extendió la mano mientras preguntaba:

—¿Cuento con usted?

Obviamente debía decirle que sí.

Poco más tarde el camarógrafo Javier Campos y yo estuvimos ante las puertas de la planta y, como era de esperarse, los gorilas que las custodiaban nos impidieron el acceso. Decidimos hacer tiempo en un bar cercano y fingir que seguíamos tratando de introducirnos a las instalaciones de Montola. Apenas habíamos pedido un par de cervezas, cuando se nos acercó el profe Cajiga, especie de Don Quijote chaparro mezclado con un sátiro quien, luego de un breve saludo, comenzó a reñirme por perder el tiempo escribiendo para "los cochinos periódicos".

—Pero ya no estoy en el periódico, profe, sino en la televisión —dije tratando, con una ingenuidad de mala fe, de demostrarle que a pesar de todo había hecho algún progreso.

—¡Tanto peor! Usted tiene talento literario y, si bien no se vive de eso, debería conseguirse un trabajo decente y dejarse de pendejadas que echan a perder su estilo.

¡Como si fuera tan fácil! Total que traté de cambiar de tema y pronto lo conseguí. Al preguntarme qué estaba haciendo en el bar

durante horas laborales le platiqué al profe nuestra situación. Una mirada salvaje se dibujó en su rostro de sátiro quijotesco y, con una sonrisa maliciosa, nos comentó que él se encontraba brindando sus servicios a esos filisteos que, aparte de explotadores, eran unos imbéciles por no escuchar la teoría (bastante fantástica) que en conjunto con el profe de la Rosa había desarrollado...

Nota del doctor Carvajal: he suprimido un fragmento del relato donde Erick expone lo que ya se dio a conocer al inicio de este informe: las consabidas teorías del Comité Interdisciplinario y el horrible espectáculo de Rosy Hernández transformándose en un *androartrópodo*. A continuación exponemos la parte en que nos explica cómo logró introducirse a la planta:

Después de la increíble historia que nos contó el profe Cajiga y luego de dar diversos pretextos a la televisora para llegar tarde, salimos bastante borrachos. Javier Campos, el camarógrafo, se había descarado con el profe y sacó un buen "porro", cuyos ingredientes activos provocaron la hilaridad del académico ante mi asombro, pues no le conocía tales costumbres.

Como había prometido, el profe nos introdujo a la planta a bordo de su camioneta Van, pues los guardias ni siquiera se tomaron la molestia de revisarla. Atravesamos los vacíos corredores de las asépticas barracas, subimos escaleras hasta llegar a un nivel sin mobiliario, en el que apenas cabíamos gateando, pues su única función era dar cabida a los ductos de aire acondicionado, la calefacción, la fibra óptica y otros sistemas. Una vez ahí el profe nos mostró, a través de unos cristales opacos, el terrible monstruo que confirmaba su relato.

Se trataba de una especie de insecto, pero del tamaño de un humano, el cual casi desaparecía en una masa gelatinosa y palpitante llena de huevecillos. Muertos de la risa Javier Campos y el profe Cajiga se fumaron otro "porro", mientras apuraban el contenido de la botella de whisky que sacamos de contrabando del bar, previa propina.

Javier estuvo filmando al bicho que, después de todo, no había conseguido arruinarnos el día y, luego de recorrer el mismo camino y de darle las gracias al profe, nos dirigimos a su departamento para

cepillarnos la boca, hacer gárgaras con líquidos que nos quitaran el aliento alcohólico, aplicarnos gotas para combatir el enrojecimiento de los ojos y un tanto de perfume.

El ingeniero Ibarra y sus lamentables compinches nos recibieron con una sonrisa de obsequiosidad comercial, nos trataban como a héroes de guerra y hacían como que no se daban cuenta de nuestro escandaloso estado, que pese a todas nuestras precauciones no habíamos podido disimular.

Luego de hacer una serie de llamadas nos dijeron que se trataba de una información muy delicada, que los asesores de Ibarra, con esa cobardía característica que nos hacía sonreír cada vez que solicitaban "periodismo de investigación" para luego asustarse, habían decidido esperar un poco, por lo que nos despidieron felicitándonos no sin antes recomendar mucha discreción. Así fue como nos cargaron de trabajo inútilmente.

La noche me sorprendió en casa con una buena botella de Whisky que me dispongo a sacrificar... salud.

Después de este episodio que nos relata Erick, sacerdote de Dionisos y poeta malogrado (esto último debido al materialismo imperante) se entretiene en brindarnos diversas historias poco edificantes que giran en torno a los bares y a la vida sórdida de la política y los medios de comunicación. A continuación incluyo otra parte de su diario que puede interesarnos:

13 de julio de 20...

Los directivos de la televisora no hallaban como justificar sus exorbitantes sueldos ni acallar su conciencia, por lo que unos días atrás organizaron, como se acostumbra en estos casos, una especie de congreso que nos obligó a trasladarnos a la sede de la zona norte, en la vecina ciudad de Jarros, espantoso campamento industrial capaz de provocar el llanto a los mismos ángeles de la venganza. El ajetreo me impidió seguir llevando estos apuntes, por lo que trataré de ponerme al día.

Arribamos ese enorme ghetto que llaman ciudad y nos aburrimos de lo lindo escuchando las extravagancias de un atajo de imbéciles a cual más pintoresco: definitivamente en los tiempos modernos se premia la mediocridad debido al miedo (muy comprensible por cierto) que los rebaños de hombrecillos grises y "funcionarescos" tienen hacia los hombres, ya no digamos grandes, sino simplemente creativos, críticos y vigorosos.

Durante la conferencia, a cargo del iletrado ingeniero Ibarra, Armando Aznar y yo pasamos momentos difíciles tratando de contener la risa ante las ocurrencias de dicho sujeto, quien a cada frase se volvía un comediante involuntario.

Entonces llegó el turno de nuestro flamante jefe local de información, el licenciado Jorge Ramos, quien comenzó a hacer diagramitas para explicarnos hasta el hartazgo lo que ya había expuesto unas doscientas veces en el transcurso de unas cuantas semanas. Carlos Arango se deshacía en vergonzosas caravanas que nos daban pena ajena y celebraba todos los chistes del licenciado.

—A ver, muchachos —dijo Jorge Ramos con esa voz de marica necio que siempre le ha caracterizado—, el objetivo... oiga, ponga atención —agregó molesto mientras se llevaba los puños a la cintura.

—Pero licenciado —trató de interrumpirlo una reportera.

—Time, time —acotó el tipejo con su habitual muletilla mientras ponía la mano izquierda a la altura del pecho, como si saludara a la bandera, y se daba golpecitos en la palma, de arriba hacia abajo, con la punta de la mano derecha—. Es que ya les he dicho, batillos —sacudió las manos a diestra y siniestra— que necesitamos más contenido humano en las notas, más producción. ¿Sí me entienden?

—Si se explica —murmuró la misma reportera para hacerle ver su mala educación. Jorge Ramos prosiguió como si no la hubiera escuchado:

—Las notas deben llevar una entrada con audio y video seguidas por un insert, de preferencia de alguna persona que viva la problemática, luego audio y video, insert; audio y video, insert, y cerramos nuestro paquete —afirmó Jorge Ramos al tiempo que hacía diagramitas sobre lo que iba refiriendo.

Así transcurrieron algunas horas que se nos hacían eternas y el congreso concluyó con una comida. Ellos se encargaron de hacernos el pan amargo con su amabilidad de gendarme y una retahíla de preguntas sobre los nuevos proyectos, con lo cual nos demandaban una adulación que no siempre conseguían.

Al fin llegó (en caridad de Dios) la hora de volver a casa. Jorge Ramos dispuso que regresáramos en caravana, lo cual se oponía a nuestros planes pues deseábamos emborracharnos. El maldito marica se adelantó y, cada vez que queríamos rebasarlo, sacaba la mano y nos hacía señas para que disminuyéramos la velocidad, hasta que Javier Campos se hartó, metió el pedal a fondo y perdió de vista la bonita fila india en medio de un concierto de pullas y majaderías que todos soltamos.

Arturo Balderrama le quitó el carro a Javier Campos pues deseaba conducir. Armando Aznar y Omartrikis comenzaron a joder con que tenían hambre (pese a que habíamos tragado hasta el hartazgo apenas un par de horas atrás), así que hicimos una parada en una licorería y, luego de proveernos de frituras y de cerveza a lo pendejo, continuamos nuestro camino mientras le hacíamos coro a las canciones que exudaba un discman que uno de los chavos había tenido el cuidado de traer.

Nos emparejamos a una caravana de soldados que nos parecieron fantasmales y que afortunadamente no nos interceptaron, pasamos por un retén de policías federales que buscaban droga y que no nos hicieron alto, nos detuvimos en el desierto para que Arturo Balderrama y Armando Aznar se pusieran a jugar luchitas mientras fumábamos unos cigarrillos, consumíamos un par de cervezas y contemplábamos la arena. Vimos pasar la ridícula caravana de Jorge Ramos y no hicimos el más mínimo esfuerzo por alcanzarla.

Nos emborrachamos escandalosamente y sufrimos el percance de una llanta reventada, pero nos valió madre y gastamos el rin hasta llegar a la televisora. Nadie quería entrar, yo me encontraba demasiado ebrio como para averiguar qué charra le habían contado al guardia o de qué manera lo sobornaron: no sé cómo llegué a casa...

Al día siguiente me levanté con una resaca espantosa, no obstante lo cual conseguí ponerme en pie y me dirigí a la televisora, donde reinaba la más extrema locura. Todos los canales mostraban al presidente de

los Estados Unidos de América haciendo oficial que había surgido una nueva especie a cuyos miembros denominaban "androartrópodos". Por su parte el presidente de nuestra querida república confirmaba lo dicho y pedía que no cundiera el pánico. Incluso entrevistaron a algunos científicos que afirmaban que no se trataba de una nueva especie, sino de un salto evolutivo de la humanidad.

Los teléfonos comenzaron a chillar, el director nacional de la televisora exigía imágenes y casi corrió a los directivos locales por no haber sacado las tomas del "androartrópodo" de Montola. El gerente administrativo local, Mauricio Garza, estaba a punto de cagarse por los nervios pues reconocía que de haber lanzado la nota habría conseguido una primicia a nivel mundial, pero él no era más que un vendedor y no podía saberlo.

Decidieron sacar la nota y establecer una serie de enlaces con diferentes sucursales de la televisora que me dejaron exhausto. El clima que vivíamos era como una espiral de irrealidad, de lenta aceptación hacia el nuevo orden...

Aquí concluyen los apuntes del diario de Erick que nos interesan para comprender el fenómeno. Durante los siguientes días el mundo que yo había conocido comenzó a desaparecer. Si bien al principio la gente aborrecía a los engendros y no sentía por ellos más que una mezcla de horror y asco, con el tiempo llegaron a ser tantos, que casi cada familia tenía entre sus miembros a un mutante. Así comenzó a debatirse sobre los derechos de los *androartrópodos*. La gente se manifestaba en las plazas públicas con pancartas que tenían leyendas como: "¡Los *androartrópodos* son nuestros hijos!" "¡Alto a la segregación!" "¡Por una convivencia pacífica!"

No se hicieron esperar las películas y los libros lacrimosos que abordaban el problema, y así fue creciendo la cosa hasta el punto de que se llegó a una legislación que prohibía el rechazo en el ámbito laboral contra la nueva especie.

Incluso se habló de que constituían una raza superior, ya que su fuerza física era prodigiosa. Todos querían transformarse en insectos: estaba de moda, y quien no lo aceptara tenía que ir por las calles con el sambenito del retrógrada.

¡Oh Dios! Aunque al principio parecía que sólo se guiaban por sus necesidades fisiológicas, dieron muestras de una inteligencia rudimentaria o degenerada, según se le vea, ya que manipulaban basura, al parecer con fines estéticos. Daré algunos ejemplos de estas demoníacas manifestaciones artísticas:

a) Vomitaban sobre cúmulos de desperdicios.
b) Perforaban chatarra.
c) Colocaban una canica dentro de un salero de vidrio sin tapa.
d) Tallaban muescas informes en trozos de concreto.

Posteriormente los "insectos" desarrollaron una especie de biotecnología que a todas luces carecía de sentido, pues según pude ver, entre las funciones de los aparatos se registraban algunas de las siguientes:

a) Prendido y apagado de foquitos.
b) Cubos que saltaban (hechos de metal y tejidos vivos).
c) Prismas que se alimentaban de desperdicios orgánicos y que giraban vertiginosamente.

Pero me estoy extraviando. La cúspide del horror llegó poco después de los hechos consignados por Erick en su diario. Recuerdo que dicho sujeto acudió al departamento del profe Cajiga (con quien yo había cultivado una amistad) cayéndose de borracho y con la camisa llena de sangre: tenía el rostro desencajado.

—¡Es horrible, se están apoderando del mundo! ¡Esos bichos asquerosos!

—Cálmese, Erick, cuéntenos todo desde el principio. ¿Por qué viene en ese estado? —preguntó el profesor Cajiga.

Erick sacó una libreta en la que llevaba su diario y nos la entregó, pues dijo que tal vez podría servir para detectar las causas del surgimiento de los *androartrópodos*. Agregó que estaba totalmente convencido de que la teoría del profesor Cajiga y su colega era verdadera y, luego de maldecir hasta el cansancio a los seres, comenzó a relatar:

Los directivos de la empresa, a los que todos rechazaban por presentar los primeros síntomas de la mutación, ordenaron a Erick Vázquez y a Javier Campos que investigaran sobre un supuesto culto a los extraterrestres.

—Era una charada y creo que ellos lo sabían —señaló mientras se servía un vaso de whisky y encendía un cigarrillo.

Supuestamente debajo de una glorieta se encontraba un platillo volador donde existía conocimiento para traer una nueva era a la tierra. Erick Vázquez y Javier Campos compraron una botella de tequila para soportar mejor la estúpida jornada de trabajo y se acercaron al monumento. Luego de tomar algunas imágenes procedieron a cumplir con el requisito de recabar entrevistas a los idiotas babeantes que cantaban dando vueltas a la glorieta y aseguraban que a través de una puerta secreta, ubicada en una biblioteca cercana, se podía acceder a unos túneles que conducían a la nave, oculta por el gobierno décadas atrás.

Lo cierto es que los *androartrópodos* preparaban algo y tomaron como punto de reunión el monumento, pues cuando Erick y Javier se pusieron a hacer preguntas sobre el culto los seres se mostraron francamente hostiles y comenzaron a rodear a los periodistas.

Pocos minutos después arribaron al sitio los miembros de un partido de izquierda, de esos que defienden lo indefendible, y con un altavoz exhortaron a los *androartrópodos* a atacar a los humanos.

Erick vio cuando la pinza de uno de los *androartrópodos* atravesó a Javier por la espalda hasta salirle por el pecho: los engendros olfatearon la sangre y se abalanzaron contra el infortunado camarógrafo, quien poco después falleció. En seguida volvieron su atención hacia el reportero, quien consiguió escapar por un hueco que había dejado la deforme muchedumbre y, luego de errar durante horas por las calles de la ciudad, llegó a su departamento para recoger su diario y dirigirse a la casa del profesor Cajiga, con quien yo había estado revisando un material desde la mañana, por lo que no nos habíamos enterado de lo que ocurría afuera.

Al parecer los *androartrópodos* se congregaron en la glorieta y luego comenzaron a apoderarse de la ciudad, cuyos edificios bañaban con una especie de baba para construir puentes y túneles membranosos y matar a los humanos.

Al concluir su relato Erick se sirvió una copa que vació de un trago, encendió un cigarrillo, volvió a llenar su vaso y se recargó cerca de una ventana. Repentinamente, una pinza destrozó el cristal, desgarró las cortinas y decapitó al reportero, cuya cabeza rodó grotescamente a nuestros pies mientras sus labios aún sostenían el cigarrillo.

Yo me quedé paralizado, pero el profesor Cajiga se abalanzó vertiginosamente sobre un mueble secretario para apoderarse de un par de pistolas calibre 45, así como de una pequeña maleta repleta de balas y, luego de entregarme una de las armas y ordenar que me llenara los bolsillos de parque, amartilló la pistola apenas a tiempo para destruir a uno de los monstruos que destrozaba la puerta con la intención de asesinarnos.

El profesor Cajiga se deshizo de los restos de la puerta y se lanzó a las calles de la ciudad disparando a diestra y siniestra. De los cuerpos de los *androartrópodos* salpicaba escandalosamente una sustancia blanca, similar a la que surge cuando un hombre aplasta a una cucaracha.

Encendimos el radio del automóvil del profesor Cajiga. Así nos enteramos, gracias a la voz histérica del locutor Fernando Arredondo, quien invocaba al doctor Mengele para acabar con la nueva raza, que los humanos se habían escondido en las instalaciones de la policía, en las fortalezas del ejército, en edificios grandes como universidades y ciertos supermercados, por lo que el profesor Cajiga decidió dirigirse a una de las instalaciones de las fuerzas armadas.

Luego de una serie de trámites y revisiones a cuál más fastidiosos los militares nos permitieron entrar a la base. Los soldados se encontraban paranoicos y el único que parecía tener cierto control era un hombre moreno, casi un gigante, que había sido uno de los guardias de seguridad del comandante del cuartel.

El profesor Cajiga se dio a la tarea de organizar la defensa expresándose a través de gritos destemplados que conquistaron el respeto de la soldadesca, excepto el del gigante, quien se burló del profesor. Lindoro Cajiga saltó para alcanzar el rostro del ex guarura mientras profería un grito salvaje. Fue muy extraño ver suspendidos en el aire, por un segundo, los tacones de las botas que calzaba el hombrecillo, saltando para abofetear a un guerrero entre la mejilla izquierda y el cuello.

—¿Te quieres morir, pendejo? —gritaba el profesor Cajiga, mientras el soldado trataba de asimilar esa muestra de furia...

Acaso el hombre que se sirve de la fuerza termina obedeciendo a la inteligencia. No sabría decirlo pues la vida me ha enseñado que la estupidez es premiada por las organizaciones. Lo cierto es que ese gorila se sometió al profesor, quien comenzó a transmitir sus órdenes para defender las murallas de la base militar frente a los repugnantes seres.

Fue un instante de paz, algo como la sensación que se apodera del hombre que se sitúa en el ojo de un huracán. Durante esos instantes nos enteramos a través de Internet de

que en algunos países los *androartrópodos* habían perecido a granel debido al frío, por lo que a principios de verano mucha gente pensó que se habían extinguido, pero los seres ovopositaron y su progenie regresó en meses más cálidos.

Era espantoso, una vez más las superpotencias se nos habían adelantado en la estúpida carrera hacia el suicidio de la especie humana. Mientras tanto se escuchaba la metralla arrancando el asqueroso fluido de los seres que se arrastraban, saltaban y volaban con alas membranosas. El profesor Cajiga dispuso que los humanos ocultos en la base militar se dirigieran al Refugio Ártico establecido por la Organización de las Naciones Unidas, y de cuya existencia nos enteramos gracias a Internet.

El resto constituye una especie de pesadilla en mi memoria, misma que aún ahora se niega a creer aquellas escenas dantescas durante las cuáles vi a un *androartrópodo* despedazarse, en su insufrible estupidez, contra las hélices del helicóptero en el que volábamos.

Huimos de una ciudad colmena, idéntica a las muchas que encontramos durante el éxodo que habíamos emprendido a bordo de aviones y helicópteros hacia el ártico. El profesor Cajiga murió, de una manera tan horrible que es imposible de relatar, durante una de nuestras incursiones a bases militares y aeropuertos civiles con el fin de apoderarnos de combustible y víveres.

No sabría decir cómo empezó el Armagedón... ya nadie quería ser poeta, mago, caballero andante o filósofo —tampoco humano— en cambio se volvieron insectos que hervían incesantemente en complicadas galerías: todos del mismo color, la misma imagen, el mismo instinto. Yo anduve entre ellos, roían los pliegos dorados donde habíamos apuntado nuestros sueños. Vomitaban una especie de cera y con ella construían estructuras interminables que desafiaban toda lógica, y así llenaron de puentes membranosos, de torres gelatinosas y túneles viscosos el cielo y las entrañas de la tierra.

Yo los veía horrorizado diversificarse, reproducirse sin recato en todos los rincones. ¡Qué extrañas quimeras! ¡Qué de caldos primitivos y batir de alas! Finalmente se volvieron una suerte de gusanos ciegos y estúpidos deshaciéndose en gorgoteos, arrastrándose en las calles donde dejaban un trazo de pez negra y maloliente.

LAURA

Mi prima Laura nos miró con sus ojos azul acero: las hierbas húmedas me provocaban comezón en las piernas, a las que no alcanzaban a cubrir los viejos pantaloncillos cortos que traía encima; el arroyo entonaba una melodía suave, como el aleteo de las auras rondando a una vaca muerta.

A mi prima siempre le gustó inventar cuentos raros, y espantarnos con una horrorosa muñeca que tenía la vista fija y vidriosa, acechando desde un rincón de su cuarto.

—Aquí sacrificaban los apaches a los blancos —aseguraba al señalar un montículo de piedras, pero ese cuento era uno de mis favoritos ya que no me sentía blanco, sino apache, y cuando sus gestos adquirían ese brillo con una inteligencia diabólica, lo mejor era estar de su lado o bien, junto a mi hermano Carlos, su archienemigo.

El mito con que nos engañó ese día, según recuerdo fue la leyenda del arco iris, y la famosa olla rebosante de monedas de oro. Laura traía algunos viejos centavos que sacó de la galera del rancho, y sin que nos diéramos cuenta, iban apareciendo por ahí.

—Se les cayeron a los enanos cuando escondían sus riquezas —dijo ella.

—¡Ádio! —exclamó mi primo Tito, con una expresión de incredulidad.

Las horas pasaron y los tres seguíamos caminando, buscando llegar al final del arco iris, pero como el tesoro no aparecía mi primo, el eterno holgazán y realista, decidió ejercitar sus desnudos pies sin importarle las filosas piedras y las espinas.

Laura tomó una calabacilla silvestre y se dispuso a castigar al desertor. El proyectil dio de lleno en la espalda de Tito, que sonó como un tambor rarámuri; luego, los chillidos perdiéndose entre la lejanía y los brincos. Laura le gritó un montón de palabrotas, el viento mecía sus cabellos amarillos como el jilote, la bruma legendaria de un sueño que no pudimos encontrar.

LA GORDA

En un pueblo cuyo nombre no quiero recordar, con un amigo a quien no me permite la memoria —imágenes difusas como las de una borrachera—.

Tres mujeres se acercan: la primera es gorda como una vaca en un concurso de baile; la segunda no tiene peculiaridades; pero la tercera, con ese rostro de india bonita.

Cambiamos a nuestra mejor pose, comienza el abordaje y la información: la india bonita se llama Lorena, las otras, lo olvidé. Y luego la risa y las bromas, Lorena se escabulle fácilmente y se va del brazo con mi amigo, y la flaca les sirve de mal tercio. Me quedo con la gorda, quien no comprende mis indirectas.

—¿Traes cigarros? —pregunta la bola de manteca y yo me busco en el saco una cajetilla arrugada.

Necesito pensar, escapar de la pesadilla de redondas formas que se contonea a mi lado. Una vez frente a mi apartamento ella se invita y pasa, aun cuando le explico imaginarios asuntos pendientes. Adentro, ella se mueve de arriba a abajo, revisa todos y cada uno de los rincones

y vuelve con dos cervezas del refrigerador. A los pocos minutos me siento mareado y extraño. Ella se acerca, despacio, con la gracia de un hipopótamo.

—¿Qué le echaste a la cerveza? —protesto y ella se me va encima para llenarme de besos, ahogándome con su busto inmenso.

—¡No! —grité. Era ridículo, ya veía los encabezados en los periódicos, así con tantas mayúsculas:

Joven Estudiante Violado por Mujer de Gigantescas Proporciones

A mitad del forcejeo tomé un objeto duro y la golpeé. Cayó ante mi alivio —estaba muerta—. La metí a una bolsa negra de plástico y a rastras, entre grandes esfuerzos y no pocos pujidos la llevé al sótano; luego la escondí en una lavadora descompuesta. ¡El horno!, pero, ¿y si la casera se enteraba? El humo sería visible por todo el pueblo.

Salgo de ahí, la noche cae, en el ensueño de la droga todo parece irreal, como si el mundo estuviese formado de artificios. Cruzo la calle, ladran los perros y siento que los nervios me revientan. Toco a la puerta de una vieja residencia y nadie abre, así que entro. La pestilencia de un licor barato llena la atmósfera y las volutas del cigarro van a enredarse con las notas del heavy metal.

—Raúl, ayúdame a cargar unas cosas —y Raúl me pregunta el porqué de mi palidez.

Caminamos, sabía yo muy bien lo que esperaba, hecha nudo en la vieja lavadora. Penetramos como ladrones al sótano, deslizándonos por las escaleras. Le indico la dirección y no me atrevo a seguir mirando. Raúl abre la portezuela de la lavadora.

—La maté.

—¡N'ombre! —se burló.

—¡Vamos a quemarla! ¡El horno! ¡El horno!

Raúl no contesta, y se la sube a los hombros con una facilidad increíble, como si fuera un héroe griego.

Caminamos por las calles; las otras mujeres vienen hacia nosotros.

—¡Cuidado! Ahí están sus amigas —le dije.

Continuamos hasta pasar por unas obras en construcción:

—¿Y si la enterramos aquí? —pregunta Raúl.

—Luego la pueden encontrar los trabajadores; sería mucho pedo, mejor busquemos otra parte.

Las constelaciones refulgen sobre nuestras cabezas como la cuchilla del verdugo —mis momentos culpables— y esa búsqueda que nunca parece terminar.

LA CABAÑA

En la cabaña de caramelo de Tavito y Clío, en ese reino de juguetes pletórico de soldados de plomo, muñecas, payasos, trenes y pelotas; en ese reino, asoma la tristeza.

Una mariposa vuela junto a las ventanas de azúcar transparente. Tavito ya no juega, está sentado en un rincón, observando a una cucaracha con la panza para arriba.

—Tavito, ¿quieres un dulce? —ofrece Clío—. Aghar los trajo.

Tavito se lleva la golosina a la boca y le parece tan insípida. Las vagas siluetas que se deslizan por las paredes le recuerdan que es sólo un prisionero; mira a su pequeña hermana, y teme por ella.

La cucaracha se retuerce, con las patas suplicantes por una gota de piedad. Clío se asoma por la ventana y la chispa de sus ojos se enciende.

—¡Mira, Tavito! ¡Qué linda mariposa!, voy a cogerla.

—¡Espera, Clío! —responde el pequeño, con ademán de levantarse—. Aghar nos ha prohibido salir de aquí.

Y luego todo sucede tan rápido: Clío corre detrás de la mariposa, al momento el cielo se oscurece tomando tintes

absurdos; los árboles se agitan, extrañas criaturas comienzan a chillar en la oscuridad —ruidos de cadenas y goznes que dejan libres sus peores pesadillas.

—¡Clío! ¡Regresa! —gritó el niño, aterrado, sin que su hermana lo escuchara, embelesada con la mariposa que finalmente consiguió capturar, para en seguida ser atrapada ella misma por manos grotescas y deformes de duendes que reían escandalosamente.

A lo lejos, un hombre encorvado por el paso de los siglos se acerca.

—¡Alto! —rugió—, devuélvanme a esa niña, me pertenece.

—¡Largo, hechicero! —le respondió uno de los monstruos—. Olvidaste alimentarnos. ¡Que pague ella tu descuido!

El mago vacila, sus engendros incontrolables amenazan con asesinarlo; después de pensarlo por unos segundos, permite que se lleven a la niña. Tavito se pone de rodillas, con lágrimas corriendo por sus mejillas regordetas y chapeteadas.

—¡Aghar! —aulló—, diles que me devuelvan a mi hermanita.

—Ella se lo buscó —dijo Aghar, imperturbable.

—¡Tavito! ¡No dejes que me lleven! —gritó Clío, al tiempo que Aghar amenazaba.

—¡Ay de ti si tratas de contrariarme! —y tomó su báculo y dio la media vuelta, para perderse en la distancia con la negra capa flotando tras de sí.

Tavito se quedó sólo, paseó la mirada alrededor de la cucaracha que aún se retorcía dolorosamente, y en un rasgo de bondad de su atormentado corazón, con la benevolencia de los niños, ayudó al insecto a incorporarse.

Un grito desesperado, intenso y profundo, en la memoria, a través de corredores estrechos y largos, sin fin alguno. Volteó: los soldados de plomo lo miraban, el payaso le sonreía; las sombras comenzaron a caer en los juguetes, y aquel mundo mágico que hacía tiempo lo hastiara, fue más odioso que nunca.

Harto de obedecer al viejo Aghar se puso un casco de juguete; se miró al espejo —era un pequeño guerrero— suspiró. Afuera, cientos de ojillos atisbando en la ventana.

Tavito empuñó una espada de madera y embrazó el escudo que le hacía juego. Escuchó las risas de los enanos, el lamento del aire y de las jarillas. Posó la vista en su propia sombra y espada en mano salió a enfrentar la oscuridad.

EN EL CEMENTERIO

—¿De veras lo crees? No le veo lo romántico.

—¿Nada? —Una sonrisa y el reto pendía en el aire. Pude sentir el escalofrío de su espalda; le temblaron las manos, bajó la mirada a la copa y dijo:

—Bueno... ¿por qué no?

—Te va a gustar, es muy intenso. Tú y yo bajo la luz de la luna entre las tumbas. Nos sentiremos vivos y, te aseguro —sonreí— que ningún sepulcro se abre para dejar libres horrendas pesadillas.

Seguimos bebiendo. Ella hacía travesuras con los pies, bajo la mesa; ella era el murmullo de un sueño que por fin ubicaba, que por fin aceptó...

Imaginen la escena: las luces del automóvil revelan los insectos de la oscuridad, la verja herrumbrosa termina por ceder con una serenata de estridencias. Ella me toma del brazo y —no me van a creer— con eso tiene para percibir todo el frío de mi alma perversa; luego, un grito, una persecución desesperada, un vestido hecho jirones; y al final no corrió más, sino que expiró y en mis labios, el líquido carmesí brillaba a la luz de la luna.

—Muy terrorífico de su parte, señor López; creo que a usted se le votó la canica. Le repito: ¿Dónde está la señorita Anaya?

LEANNAN-SIDHE

Luego de la derrota amorosa que le costó un escándalo, un duelo y un proceso judicial, el exquisito poeta, sir Óscar Lindsey, se retiró a sus posesiones, en las tierras altas de Escocia.

Desde entonces el aristócrata se dedicó a vaciar la cava que su tío Wallace, el anterior amo de la ruinosa mansión, llenara con tanto cariño, y con una copa en la mano dividía su tiempo entre la ociosa contemplación del fuego y la lectura voraz de los libros.

Sir Óscar Lindsey no volvió a los salones londinenses a los que antes era tan afecto, y muy pronto llegó el día en que hasta sus amigos más cercanos dejaron de visitarlo, cansados de la invencible melancolía del artista, al que recordaban por su refinado y voluptuoso hedonismo.

Y no es que hubiera cambiado mucho: la tristeza otorga un extraño placer a los espíritus demoníacos. Óscar comenzaba a descubrir los goces de los crepúsculos lluviosos y de los húmedos rincones donde las arañas tejen sus trampas de plata, y se entregaba a su nueva pasión con el mismo o mayor ahínco del que había puesto en sus

florilegios multicolores, cuando su alma se remontaba a los paisajes de la soñada Arcadia, y a las lujosas cortes de imaginarios países orientales.

Así fue como tomó por costumbre recorrer las boscosas inmediaciones de la casona, en las que no tardó en descubrir un antiguo y descuidado laberinto.

En la entrada había una puerta de roble protegida por una tranca que opuso alguna resistencia, pero el brandy y la curiosidad lograron imponerse.

Sir Óscar Lindsey vagó durante horas por las avenidas de cantera y setos hasta llegar a una plazuela donde la figura de una diosa de piedra se encontraba en medio de un círculo de árboles.

Óscar quedó encantado con su descubrimiento e incluyó entre sus hábitos recorrer el laberinto, donde se emborrachaba desde horas tempranas y volvía hasta el crepúsculo con pliegos de siniestros poemas que luego disponía para ediciones privadas que le dispensaron una renovada notoriedad; sin embargo este éxito no lo sacó de su excéntrica forma de vida y continuó evitando el trato con sus semejantes.

Un día en que el poeta paseaba por el complejo escuchó un murmullo que terminó guiándole hacia una de las callejas sin salida, donde no faltaba una fuentecilla a la que acudían los pájaros para beber, gracias a un ingenioso y resistente mecanismo.

Lo sorprendente es que vio a una mujer rubia, cuyo rostro le parecía vagamente familiar, que cantaba mientras cepillaba sus largos cabellos.

—Buenas tardes —atinó a decir, pero la muchacha se levantó rápidamente y logró burlar al divertido joven.

El fenómeno se repitió, con ligeras variantes, en diversas ocasiones: algunas veces, cuando fumaba un cigarrillo, sir Óscar Lindsey se sentía observado y al voltear sorprendía a la bella joven, quien invariablemente huía.

No se trataba de una campesina. Las ropas de la mujer eran lujosas y extrañas. En su sonrisa y hasta en el más mínimo de sus gestos podía adivinarse una nobleza que contrastaba con ese comportamiento de chiquilla malcriada.

El sir se propuso acorralar a la coqueta, y como sólo existía una entrada al laberinto decidió cerrarlo con un fuerte candado para evitar que ella volviera a escabullirse.

La dama no se hizo esperar demasiado: surgió detrás de la estatua de piedra y luego echó a correr mientras reía, para perderse en los vericuetos de la construcción. Óscar no pudo encontrarla, a pesar de que recorrió una y otra vez el laberinto, revisando detenidamente el candado y las altas paredes del conjunto.

Repitió el experimento, con todo y perros de caza, pero éstos se deshacían en ladridos que conducían a direcciones contrarias.

El temor se abrió espacio en el alma de sir Óscar, quien no hallaba una explicación a lo que estaba ocurriendo.

Cuando hubo regresado a la casa, sir Óscar luchó con el miedo al ridículo que le daba preguntar sobre el asunto al viejo Anton, el mayordomo, quien atendiera al desaparecido sir Wallace.

Había algo desagradable en los silenciosos sirvientes que siempre parecían ocultarle algo: lo miraban como a un intruso, y fue esta idea la que terminó por irritar a sir Óscar, por lo que llamó a su mayordomo y le soltó la pregunta sin ambajes.

—¿Quién es la mujer del laberinto?

El anciano dio inequívocas muestras de terror cuando su joven amo mencionó a la chica, pero en seguida recuperó su flema.

—¿La mujer?.. Aquí no hay más mujeres que las doncellas del servicio, señor.

Sir Óscar se sintió insultado por la respuesta y estalló:

—¡Mientes! Si quieres seguir en esta casa tienes que decírmelo.

—¡Señor! Sólo el antiguo amo sabía quién es ella. ¡Por el amor de Dios! ¡No la mire! ¡No escuche sus diabólicas melodías! Es un súcubo, una emanación de este lugar que durante tantos años dio la espalda al creador por culpa de las prohibidas artes que practicaba su tío —que Dios tenga piedad de su alma— en estas mismas habitaciones.

—¡Por Dios, Anton! Si bien es una muchacha misteriosa que de alguna manera consigue burlarme y desaparecer en el laberinto, yo me inclinaría...

—¡El laberinto! Ese maléfico lugar causó la desgracia de su tío quien, desde el día en que entró ahí, volvió con una expresión en el rostro que no volvió a abandonarle. ¡Escúcheme, por favor! Su tío, sir Wallace, recorrió los lugares más remotos de Inglaterra, Irlanda y Escocia, y frecuentó la compañía de peligrosos hechiceros españoles y franceses, tal como hicieran sus ancestros.

"Una sola vez lo acompañé al laberinto, donde pude ver la figura de piedra de una mujer. Pues bien, dicen que esa escultura fue tallada en un monolito que ya utilizaban los druidas para sus ceremonias en honor a Samhain, el señor de la muerte, quien no es otro más que Satanás".

"Esa mujer no existe, es un demonio que sorprende a los solitarios, y si no pregúntele al viejo Burke, el contrabandista, quien la ha visto por los bosques oscuros donde moran los espíritus de Belial: si aprecia en algo su alma, aléjese de esas compañías que habitan, a decir de su tío, entre los resquicios de los mundos".

—Gracias por el consejo, Anton, procuraré conseguir otras distracciones —contestó Óscar, ya que la perorata calvinista del viejo comenzaba a hastiarlo—, pero sé bueno y alcánzame otra botella de ese brandy que dejó mi tío, y un nuevo paquete de cigarrillos.

—Pero señor...

—Gracias, Anton.

Cuando el anciano sirviente cumplió con la orden del amo, éste se dirigió a la biblioteca, donde recordaba haber

visto unos papeles escritos de puño y letra de su excéntrico pariente, así como varios libracos que formaban una nutrida colección de leyendas celtas.

Sí, el misterio debía estar relacionado con los celtas.

Y no es que el poeta se inclinara por una explicación sobrenatural del asunto, pero sabía que a partir del siglo XVIII había resurgido con fuerza, siempre a la sombra, la religión de los druidas, o por lo menos un intento de restablecer las antiguas órdenes sagradas.

Lo cierto es que las viejas creencias nunca se habían desvanecido por completo: seguían vivas en las tradiciones de los campesinos, en la literatura, en el alma fantasiosa de los isleños, y habían pasado a formar una de las distracciones de un puñado de nobles ociosos.

En caso de que Anton tuviera razón en el hecho de que la figura de piedra había sido esculpida sobre un menhir, era posible que se tratara de un culto al que habría pertenecido su tío y otros aristócratas excéntricos.

No descartaba la existencia de una puerta secreta en el laberinto, ni que la muchacha fuera una sacerdotisa o aprendiz tratando de llamar su atención o bien de asustarlo, a fin de que sus correligionarios pudieran continuar libremente con sus ritos.

Sir Óscar acercó la lámpara a los estantes de la biblioteca y, como si le estuviera esperando, un manoseado volumen encuadernado en piel de ternera saltó a su vista. Al hojearlo vio que se trataba de un manuscrito de la autoría de su difunto pariente y cuyo título rezaba: *Sobre los resquicios de los mundos*.

La portadilla mostraba una cierva que se perdía entre bosques sombríos mientras la seguía, mansamente, un joven de ricas vestiduras.

Luego de saltarse algunas citas en latín, pues no se sentía con ánimo para traducirlas, leyó unas líneas que decían:

...y coinciden los antiguos en que los verdaderos poetas son hombres que no se pertenecen a sí mismos pues en ocasiones adquieren la estatura de un héroe, mientras que en otras circunstancias se comportan como seres pusilánimes: locos raptados por las musas que vagan en la tierra, expulsados de otros mundos...

En seguida venía una lista de filósofos entre los que reconoció los nombres de Platón, Aristóteles y Hermes Trismegisto. Después de otra serie de citas en griego y en latín, el texto continuaba con la historia de Oisin u Osian, el mítico poeta irlandés.

La narración iniciaba cuando el bardo era invitado a cabalgar en el blanco corcel de un hada, quien lo conducía al reino de Sidhe. Una vez en las feéricas tierras el personaje se entregaba a los placeres del arte, la mesa y el amor, pero conforme pasaba el tiempo, que a Oisin le había parecido unas cuantas semanas, comenzó a extrañar a sus amigos, por lo que pidió al hada que le permitiera visitar su mundo, y ella accedió con la condición de que no bajara de su caballo.

Cuando Oisin hubo abandonado el reino de Sidhe se dio cuenta de que habían transcurrido siglos: los tiempos heroicos, a los que había pertenecido, ya eran parte de las consejas.

Lleno de tristeza, el poeta olvidó la promesa que había hecho a su amante y bajó de su montura para contemplar las ruinas de los palacios que conociera, pero al poner pie en tierra el tiempo lo alcanzó transformándolo en un anciano. El caballo volvió al horizonte de las hadas y Oisin debió vagar por un mundo extraño del que habían desaparecido los dioses y los grandes héroes para dar paso a la invasión de los romanos así como a la implantación del cristianismo.

De acuerdo a la leyenda el desdichado había narrado su historia a San Patricio, quien ordenó que se conservaran estos hechos increíbles para memoria de los venideros.

En otro capítulo el viejo Wallace analizaba el universo de los elementales y la naturaleza del reino de Sidhe, que al

parecer era un limbo gobernado por los dioses y a donde acudían las almas de los muertos bienaventurados, además de ofrecer un refugio a los espíritus de los bosques, del aire y de las fuentes. En esta tierra, según se desprendía de las amarillentas páginas, se había exiliado la raza de Dannan, las antiguas divinidades celtas.

A fin de que los humanos pudieran entrar a ese universo debían observarse ciertas fechas y horas, especialmente el crepúsculo y los instantes previos a la aurora, cuando el cielo vacila entre el negro y un azul oscuro.

Más adelante sir Óscar se vio ante diagramas y símbolos evidentemente místicos, acompañados de caracteres oghámicos. Además había una lámina que retrataba el laberinto: en su interior se podía ver a una dama tomando un paseo con su cortejo de doncellas.

El último apartado, que a todas luces era un anexo pues más de la mitad de sus páginas se encontraban en pésimo estado, contenía un intrincado árbol genealógico, adornado a la usanza irlandesa de la Edad Media y cuyas raíces se perdían en tiempos fabulosos, antes de la llegada de los conquistadores romanos.

Si se daba crédito al documento, el linaje del poeta bebía de muchas fuentes: escoceses, irlandeses, ingleses e incluso celtíberos de la antigua Numancia: parecía la obra de un loco, el delirio de un megalómano.

Para explicar los orígenes de su familia el árbol sustituía en algunas partes los nombres de individuos por los de clanes, pues de otra forma se habría necesitado una biblioteca interminable.

Con los ojos ardiendo el noble se sirvió otra copa y apuró el contenido. Repitió la operación varias veces y luego se tumbó en un sillón, frente al fuego, donde encendió un cigarrillo, y entre ansiosas bocanadas se puso a cavilar sobre lo que había leído.

El culto, se dijo a sí mismo, obedecía a fines más ambiciosos que los de un club de aristócratas excéntricos. Tal vez hasta habían revivido algunas de las horribles prácticas de los druidas.

Una risa femenina sacó al poeta de sus pensamientos. Al levantar la vista vio a la chica, que lo miraba desde el dintel de la puerta de la biblioteca: su primer impulso fue perseguirla, pero al recordar sus muchos fracasos para conseguirlo, volvió a sentarse y suplicó:

—Por lo menos dime cómo te llamas...

—Leannan-Sidhe —respondió ella con una voz de cristal que hablaba de ensueños y mares remotos.

—¿Qué quieres de mí?..

Sin contestar, la mujer se acercó a uno de los amplios ventanales y desapareció detrás de la cortina. Sir Óscar fue tras ella para enfrentarse con un espectáculo inesperado:

A través del cristal y en un bosque más salvaje que el que conocía podían admirarse corros de muchachos y doncellas que usaban, a la luz de la luna, vestidos de colores lujuriosos, así como guirnaldas de flores, y cantaban melodías llenas de añoranza.

Aunque creía que una parte de su corazón estaba muerta por el contacto con las pasiones y los sinsabores, Óscar recordó su infancia, el abrazo de su madre, el beso de una dama linda perdida en sus memorias.

Se sintió desesperadamente joven y ardiente y pensó que la mayor parte de su vida había sido un lamentable desperdicio, y trató de alcanzar con sus dedos el tejido de los sueños, pero lo cegó una luz intensa y ya no supo nada de sí, pues se hundió en un abismo de negrura...

Alguien tocaba a la puerta...

Leannan-Sidhe —señora hada— había dicho ella...

La cabeza amenazaba con estallarle debido a la terrible resaca...

Alguien tocaba a la puerta... Óscar se levantó del suelo y trató de componerse un poco.

—¡Adelante!

El mayordomo entró con la correspondencia.

—Señor, tiene una carta.

—Gracias, Anton —dijo Óscar al tiempo que tomaba un sobre lacrado.

—¿Quiere desayunar?

—Manda traer algo ligero... y un poco de vino.

El criado asintió y se dispuso a cumplir las órdenes de su amo.

El sello tenía las armas de su amigo George Stevenson, joven elegante que se dedicaba en cuerpo y alma al difícil arte de no hacer nada, así como a ofrecer distinguidas tertulias donde se hablaba de todo lo que podía agradar a un diletante.

El poeta abrió la carta y leyó:

Mi querido Óscar:

Aunque estoy enterado de tus nuevas costumbres de anacoreta —que no dejaron de sorprenderme— quise invitarte a pasar unos días en la propiedad de mi tío Andrew, la cual dista unas cuantas millas de tu casa de campo.

Mi prima Elizabeth es una de tus grandes admiradoras y se muere por conocerte (no me vayas a descubrir, pues como todas las mujeres a ella no le gustaría parecer demasiado ansiosa).

Recién llegué al campo buscando emularte, pero la extrema virtud de mi tío me tiene atado a un limbo de aburrimiento, por lo que un poco de charla me vendría bien.

Te espero mañana. No aceptaré una negativa.

George

P.D. Mi prima Elizabeth es preciosa y los vinos de mi tío, excelentes.

Al terminar de leer el texto Óscar sintió alivio: se había obsesionado con el laberinto y con las leyendas celtas, por lo que se encontraba al borde del colapso, y la carta de George le recordó que existía un mundo amable de alegría y despreocupación.

Decidió que iría a la cena para despejarse: sería interesante conversar de todo y nada.

El noble tomó su desayuno y bebió con moderación. Ordenó que tuvieran listo su carruaje para la cita, leyó un poco y se fue a la cama temprano.

Al día siguiente los fantasmas que lo acosaran se habían desvanecido. El sir reflexionó que no existían razones válidas para ser infeliz pues lo tenía todo: genio y salud; donaire, riqueza y linaje.

Como un niño que tuviera ante sus ojos el panorama de unas largas vacaciones, Óscar abordó su carruaje y se dirigió a la propiedad del tío de George.

En el camino pudo apreciar la belleza de los bosques de Escocia; la silueta de ruinosos castillos medievales; las casas, la ropa, el espíritu de los montañeses.

Finalmente apareció la suntuosa casona de los Stevenson. De factura italiana, la construcción ostentaba una escalinata resguardada por leones, que terminaba en un pórtico de mármol.

Soñando con ángeles, los amplios ventanales reflejaban un cielo aderezado de flamígeras nubes.

Dentro del marco de un jardín cuidado con esmero lo esperaban sus anfitriones, además de una tropa de criados vestidos con librea que se apresuraron a abrir la puerta de su carruaje para ayudarlo a bajar.

Había un rostro...

—¡Óscar! —exclamó George mientras abrazaba a su amigo—. Por momentos dudé que vendrías.

—¿Tan grave es mi fama de ermitaño? —preguntó el sir con una mueca burlona.

—Más de lo que imaginas... pero déjame presentarte con mi tío, lord Andrew.

—Un placer —dijo Óscar al estrechar la mano de lord Andrew.

Había un rostro...

—Bienvenido a nuestra casa —dijo lord Andrew—. Es un honor recibir a un poeta distinguido y a un caballero.

—El honor es mío, lord Andrew —contestó el invitado...

Había un rostro blanco, bello como la espuma del mar en una tarde soleada... un rostro enmarcado por la noche... unos ojos grises...

—Mi hija... Elizabeth.

Al besar esa mano sintió que su tristeza no era más que un surco en el mar... frágil onda en las aguas de un río.

—Encantada —respondió la dama, y el color se apoderó de su tez de alabastro.

—¡Pasa, Óscar, pasa! ¡Tenemos tanto de que hablar! —exclamó su amigo George mientras le tomaba del brazo. Se disculpó por ambos con su tío y con su prima y condujo al artista a un saloncito de fumar, donde lo puso al tanto de los escándalos y chismes de Londres.

—Espero que no te moleste el tema —dijo George sin poder aguantarse—, pero aún se habla de tu duelo con Trevor, quien asistió a su boda con una expresión de virtuoso ofendido y un brazo vendado... si me permites decirlo, creo que te salvaste de una buena, pues Sybil no hace más que reñirlo por sus opiniones de dandy, además de que mantiene una estricta contabilidad sobre las copas y cigarrillos que consume. Incluso lo obliga a asistir a las insípidas reuniones de un club de filántropos, donde entablan sesudas discusiones buscando la manera de ayudar a los palurdos.

—¡Por Dios! ¡Qué espanto!..

—Al pobre de Trevor sólo le falta meterse de político o periodista para volverse un clásico patán de clase media. Usa

un horrible sombrero de copa y de rato en rato se atusa el bigote con la gracia de un líder sindical.

Los amigos soltaron la carcajada y siguieron hablando de personajes similares mientras fumaban lánguidamente sus perfumados cigarrillos y disfrutaban una copa de whisky.

Finalmente la doncella les anunció que la cena sería servida en unos minutos, por lo que acudieron a reunirse con lord Andrew y Elizabeth.

El gran espacio del comedor era presidido por una chimenea de diseño caprichoso; los ventanales abuhardillados, con vista a los jardines, irradiaban esa atmósfera sugerente, propia de las estancias señoriales; sobre la mesa de palo rosa se apreciaba un culto al detalle que evocaba en el comensal un estilo de vida propio del ensueño: fuentes de cristal, cubiertos de plata, flores y vinos afrutados.

El menú, sabiamente elegido, fue completado con la deliciosa charla de los anfitriones: lord Andrew habló con un estilo ameno de sus aventuras en la India, que le habían permitido incrementar la herencia paterna.

Elizabeth contó chispeantes anécdotas de sus viajes por Francia, Italia y otros países del medio día, con agudas observaciones de las costumbres y el arte, y no ocultó el entusiasmo que despertaba en ella la obra de sir Óscar, quien se sintió halagado por tener una admiradora tan refinada y hermosa.

La velada terminó en un saloncito, donde George acompañó con el piano los alegres cantos de su prima.

Los días se sucedieron unos a otros entre banquetes, largas conversaciones y paseos por el bosque, y en esas jornadas de completa armonía la amistad entre Óscar y Elizabeth se fue estrechando hasta que les resultó difícil disimular los nuevos sentimientos que habían nacido entre los dos.

Hablaban con un lenguaje de gestos y miradas que sólo ellos comprendían, y llegó el momento en que esos tenues contactos dejaron de ser suficientes, por lo que

una tarde, aprovechando que lord Andrew y George inspeccionaban los campos, Óscar descubrió su corazón a la doncella:

—Elizabeth, estos días que he pasado a tu lado han sido los más felices de mi vida. Me he vuelto un adicto a tu presencia.

—Lisonjero —contestó Elizabeth tratando de mantener la compostura, pues adivinaba una declaración.

—Y... y no hay nada que yo no hiciera por alcanzar tu amor.

Ella enrojeció, bajó la mirada y se puso a juguetear con una pulsera. Temeroso de un rechazo, Óscar agregó:

—Perdona mi franqueza si te ofendí. Una sola palabra de tu parte y entonces...

—¡Óscar! Mi corazón te pertenece: fue tuyo desde el primer instante.

Sellaron el pacto con un beso que era apenas un roce, pero que prometía una felicidad indescriptible, fantástica, sin igual...

Óscar y Elizabeth formalizaron su noviazgo a la primera oportunidad y consiguieron la bendición de lord Andrew, quien no ocultó su contento ya que el poeta había conquistado la simpatía del viejo aventurero.

Por delicadeza Óscar abandonó la casa en la que había pasado tantos momentos de idilio, y cuando regresó a sus propiedades dio órdenes para que remodelaran su casa de Londres, pues esperaba contraer matrimonio una vez que hubiera transcurrido un tiempo razonable.

A partir de entonces el artista se dio con una nueva pasión a la creación literaria, que intercalaba con visitas a la dueña de su amor.

Transcurrieron los meses y, sin que supiera como, una sed innombrable, la misma que le había atormentado desde que tenía memoria, volvió a apoderarse de su alma, con más fuerza que nunca.

Era un deseo de imposible y lontananza, un deseo vago que se reflejaba en sus noches intranquilas y en sus

largas incursiones de vagabundo por los alrededores de la casona.

Había creído que podría sustraerse a las voces del silencio, pero lo atormentaba un sueño recurrente donde escuchaba un canto de infinita belleza.

En ese sueño Óscar perseguía a través del bosque a una cierva que se perdía entre los árboles. Buscando una pista el noble llegaba a un río en cuyas aguas una barca de madera finamente labrada transportaba gallardos jóvenes y doncellas sin par, que vestidos de ricas telas cantaban, entregándose a la danza al son de harpas, tambores y flautas.

Y a unos pasos de esa nave, en la que podía paladearse toda suerte de vinos y manjares, revoloteaban preciosos caballos y aves de plumajes multicolor.

Si, la vieja obsesión había regresado, las persistentes melodías a cuyo conjuro se abrían las puertas de caprichosos universos que revelaban senderos infinitos.

Desde entonces no le abandonó el sueño, que se repetía noche tras noche. Sir Óscar Lindsey volvió a darse a la bebida y dejó de contestar las cartas de Elizabeth, que se fueron apilando en su escritorio, y en ese estado de ánimo que no podía explicarse a sí mismo retomó la costumbre de visitar el laberinto...

Las hojas fueron serpenteando alrededor de la estatua de esa diosa desconocida, que siempre lo acompañaba en sus tristes meditaciones de otoño, cuando recorría los silenciosos corredores del complejo donde desfilaban caravanas de espectros que a veces creía recordar en un sueño lejano, en una de las consejas que le narraban las criadas a la hora de dormir, en su niñez perdida.

Miró a lo lejos, hacia el trazo que dejaban los fantasmas del crepúsculo en su silenciosa cabalgata de ilusiones, cual frágiles copas de cristal.

Las hojas, vueltas carmín, siguieron remolineando mientras lo atormentaba el recuerdo de su sueño recurrente.

¿Realmente se trataba de un sueño? ¿O acaso las sombras de la poesía habían escapado de los libros y su mente para conducirlo a un mundo alucinante donde se entremezclaban las ondas de un arpa con sus deseos más ocultos y con las *cuasi* remembranzas que en algunas ocasiones lo sorprendían en medio de la tarde?

Se sirvió otra copa de vino y comenzó a deambular por los laberintos llenos de raíces que bajaban reptando por los muros de piedra.

Acaso la ninfa, mujer o demonio que habitaba su propiedad, se dignaría, finalmente, a dirigirle unas palabras.

El misterio se había vuelto insoportable, la belleza del entorno despedía una esencia casi demoníaca y, sin embargo, tan reconfortante.

Contempló su silueta principesca en los estanques y pudo ver en el fondo de sus ojos almendrados la naturaleza del suicida.

El viento chillaba en las copas de los árboles y poco a poco se fueron insertando en su memoria, trayéndole la imagen de palacios lejanos donde el vino y las canciones corrían sin cesar.

Pensó en sir Wallace: tantas habladurías que circulaban alrededor del extraño personaje, versado en ciencias desconocidas, cuyo sólo recuerdo hacía estremecer a los lugareños.

De pronto todo se desvaneció y no supo siquiera cómo es que respiraba, y la realidad pareció tornarse acuosa, y los objetos difuminarse, pero sólo fue por un momento... y debió seguir soportando el dolor de ser.

Se llevó la copa a los labios mientras buscaba en cada rincón el mágico perfume del supuesto súcubo, pero ella no se presentaba. Parecía que adivinase sus pensamientos, que buscara sorprenderlo cuando tenía la nariz entre los libros, o con la mente ocupada en su mundano pasado, al que no podía volver aunque a veces casi se lo proponía.

Entonces comprendió, repentina, inapelablemente, como sólo comprende el que sueña: desde su más tierna infancia su alma se desgarraba entre dos vidas. Y supo que en una tierra lejana más allá de los sueños se había desposado con un hada, pero su apego a la realidad —a eso que llamamos realidad— había borrado sus recuerdos.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos apareció su esposa, y ambos sonrieron...

El viento se tornaba helado, los árboles habían perdido casi todas sus hojas. Contra la voluntad de su padre Elizabeth acudió, acompañada de su primo George, a las propiedades de Óscar.

George se apeó para ayudar a Elizabeth a bajar del carruaje. Ningún criado salió a recibirlos, pese a los fuertes aldabonazos que resonaron como en un mausoleo.

—Lo lamento, Elizabeth, pero parece que Óscar se ha olvidado de ti. No es justo que sufras esta injuria.

—Tú no entiendes —respondió Elizabeth.

—¿Entender qué?.. ¿Qué no te ama?

—Si ha dejado de amarme —dijo la doncella— es preciso que lo escuche de sus labios —y abrió la puerta para encontrarse con un total abandono que se revelaba en el polvo y en un intenso olor a encierro.

Una puerta rechinó en la planta superior y la silueta de un hombre se recortó en las escaleras: era el viejo Anton, que lucía un rostro demacrado y una barba de borracho.

—¡Anton! —exclamó George—, ¿qué ha ocurrido en este lugar?

—¡Todos se han ido! —dijo el mayordomo—. La servidumbre se negó a permanecer en esta casa maldita. ¡Muchos vimos ese cortejo de demonios! Esas lamias se llevaron al amo.

¿Pero qué dices, Anton? ¿Dónde está Óscar? ¡No me asustes! —suplicó Elizabeth.

El anciano soltó una carcajada de idiota, una risa que era al mismo tiempo un lamento.

—Si quiere encontrar al señor deberá condenar su alma, deberá buscarlo entre los resquicios de los mundos...

Nadie supo decir qué había sido de Óscar, pero en los alrededores de la casona se llegó a ver a un joven que recorría los bosques en compañía de una cierva blanca.

EL JUGADOR

El sol, eterno, persistente; y una capa de arena interminable ante sus ojos. No sabe cuándo tomó el último sorbo de agua —esperará un momento más apremiante— y sus zapatos destrozados por las rocas que ya dejó atrás dan fe de la distancia.

—Va la otra mano.

—¿Cuánto?

Voces que lo torturan, recuerdos que quisiera olvidar, y se jura a sí mismo lejos del estigma. Y luego los insultos y los disparos en la memoria, y la locura del desierto le desgarra la piel.

—Te lo dije, imbécil, pero no quisiste escucharme...

Pedro cae de rodillas, sin lágrimas, y el esqueleto de un animal le recuerda un verso:

De la cual no escaparás...

Ilusiones, figuras que van y vienen con el aire; un viejo se acerca, sonríe y le tiende la mano.

—Dame agua, Pedro.

El viejo sonríe de extraña manera mientras mira codicioso la cantimplora de Pedro, quien se niega. El recién llegado extrae de las bolsas de su pantalón unas cartas; Pedro tarda en aceptar.

—Y tú, ¿qué apuestas?

—Oro —responde el viejo. Y Pedro se ríe, pero el anciano saca sus pepitas y le pinta las maravillas que duermen bajo el oro si logra salir del desierto; ataca a su orgullo de jugador con una simple y burda pregunta: *¿Tienes miedo?*

Pedro acepta.

Los jugadores se reparten las cartas y la fiebre se desliza por la frente de Pedro.

—Tercia de ases —dijo por fin el anciano—. Va la otra mano, Pedro.

—No tengo nada con que apostar.

—Tienes tu alma...

Pedro vuelve a perder; el viento proyecta con violencia las arenas en su rostro; y siente la lengua como una hoja seca, y las llagas de sus pies, y la ilusión perdida; y sigue ese camino que no lleva a ninguna parte.

BEATRIZ

Villorrio olvidado, los pastores se recogen pronto, rumores de sombras y leyendas cabalgan en la noche, rumores de columnas blancas y de mascarones desdibujados por el tiempo.

—¡Tienes unas ojeras terribles, Beatriz! Hoy te acuestas temprano.

—¡Pero mamá!, allí estarán ellos, como todas las noches.

—¡Cállate!, y a ver si terminas con ese cuento.

Beatriz aparenta obedecer a su madre, prepara un bulto en su cama y lo cubre con las sábanas. Sale por la puerta trasera y corre. A lo lejos, el canto apagado de una flauta.

Ya se ve la casa de Elena. Beatriz toca a la ventana.

—Pasa, Beatriz. ¿Qué haces a estas horas? ¿Por qué tan asustada?

Beatriz llora. Afuera, el viento sopla, y la gente cierra los postigos —temores primitivos en el aire—.

Elena y Beatriz duermen, la lámpara de aceite despide tenues destellos rojizos. ¿Quién toca a la ventana? Elena voltea, adormilada, pero allí no hay nadie —el sonido irresistible de una flauta—.

Los pies descalzos de Elena rozan el pasto, las blancas columnas se van poblando de sombras; hace mucho tiempo fueron erigidas, en días anteriores al cristianismo.

Extraños faunos bailan alrededor del templo mientras hacen libaciones. Elena lo observa todo, incapaz de moverse, de pensar. Unas manos toscas rasgan su bata de dormir, un cuerno lleno de vino se derrama en su piel, el peculiar amante acerca su rostro al de ella y sucede lo inevitable, la doncella sucumbe...

—¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Despierta! Anoche tuve un sueño muy raro.

Beatriz escucha a su amiga, luego se levanta y corre, corre. ¿Acaso hay un lugar a donde ir?..

—¿Así que la señorita se salió de la casa y se fue con sus amigas? No quiero que me sigas dando problemas, ¡ya tengo bastantes!

La mamá de Beatriz enlista sus sinsabores una vez más, su rostro mortificado dobla el cansancio de la muchacha. La cabeza le zumba horriblemente, las horas pasan. Beatriz termina de ayudar en las labores domésticas, los perros aúllan y el murmullo lejano de una flauta se deja escuchar.

Beatriz abre un viejo libro, avanza unas tres páginas y descubre que no ha entendido nada de ellas. Se devuelve, pero ahora las letras parecen bailar y los ojos se le cierran. Beatriz, sin fe, aprieta el inútil y frío crucifijo que yace entre sus pechos. Abre los ojos y trata de leer otra vez, pero la música de una flauta que ya conoce le atrapa en un dulce sopor.

Beatriz se ve en medio de muchas sombras, de risas empalagosas, de un aroma agradablemente alcohólico. Unas manos se deslizan por sus mejillas, luego en los muslos.

—Beatriz —escucha una voz susurrante—. Shh.

Y sucede lo inevitable.

LA PIARA

El día fue abrumador para Enrique, los clientes no cesaron de gritar, pero al fin llegó la hora de volver a casa. En el camino rentó una película, compró unos cigarros y no se detuvo hasta alcanzar su meta.

Enrique abrió la puerta para encontrarse con que su esposa e hijos se habían transformado en puercos; era más de lo que podía soportar y estalló furioso.

—¿Qué? ¡Yo rajándome la espalda en la tienda y ustedes ya se lo tragaron todo! ¡Me dan asco!

Su familia siguió devorando la pasta y las albóndigas, derramando la salsa de tomate en su ropa y a todo lo largo y ancho del mantel. Su hija, Maribel, metió el hocico en la jarra de refresco y luego eructó escandalosamente. Enriquito, un lechón gordo y rosado, siguió masticando una mezcolanza del menú. El chasquido de la tragazón aumentó de volumen.

—¡Qué cuadro más repugnante! —protestó Enrique—. ¡Quisiera ver sus platos llenos!.. ¡pero de mierda!

Maribel derramó un litro de leche; su esposa, Anaelú, gruñía con ojos patéticos en espera de que Enrique le pasara la sal, ya que ella no podía tomarla con sus pezuñas.

—¿Qué van a decir los vecinos? —se preguntó Enrique, y luego corrió hasta su habitación, extrajo su pistola de la cómoda y se pegó un tiro. Y los vecinos no dijeron nada, pero compraron cerveza y tortillas; picaron cebolla, tomate y chile; agarraron a la familia de Enrique, y los hicieron chicharrón.

A la memoria de Kafka.

LA BOTELLA ENCANTADA DEL SATÁNICO ABUELO DEL POBRE DE JAIMITO

Rosalinda abrazó por séptima vez a su hijo y volvió a recomendarlo al abuelo.

—Se lo encargo mucho.

—Ve sin pendiente, hija —contestó el anciano con una sonrisa maliciosa—, el chamaco sabe las reglas de la casa y no creo que dé mucha lata.

—Papá, se lo suplico, no vaya a ser demasiado severo.

—Anda, anda, hija, qué mujer tan "preocupona" te has vuelto.

Rosalinda le dio un beso apurado al viejo y subió al autobús, presa de mil pensamientos encontrados. Finalmente se leería el testamento de su esposo, muerto cinco años atrás y cuyas disposiciones había tergiversado su cuñado. Milagrosamente había aparecido una copia del documento que les aseguraría a ella y a Jaimito —de salir todo bien— una vida decorosa. Suspiró con alivio, pues ya consideraba el caso ganado. Podrían irse de la casa de su amargado padre, al que llevaba soportando dos meses y que

en cualquier descuido trataba de imponer duras disciplinas al niño.

—Dios mío —musitó— no permitas que papá vaya a lastimar a mi pequeño.

Los apuros económicos la habían obligado a refugiarse en la casa de su progenitor, donde siempre vivía con el sobresalto de las explosiones emocionales del viejo, y con los malos recuerdos de su infancia atormentada.

Rosalinda no podía quitarse de la cabeza el episodio en el que su hijo rompió un botellón para sacar el hermoso barco que yacía dentro. Su padre quería matar al niño con el fuete, pero después de muchos ruegos y amenazas ella logró apaciguarlo.

—Jesús, no te olvides de mi pequeñito —y persignándose trató de apartar sus negros pensamientos.

Esa mañana Jaimito fue a la playa a recoger conchas y corales bajo la sombra siniestra de la casa del abuelo. Incluso tuvo el valor necesario para bajar al arrecife y recoger unos ostiones con los cuales mitigar el hambre, pues el anciano no le daba más que dos rebanadas de pan con una mezquina porción de crema de cacahuate.

—Mamita linda, no tardes mucho —pensó en voz alta e inició el ascenso del arrecife. Una vez arriba se sentó a la sombra de una palmera y comenzó a sorber los viscosos animales. Ya saciado, Jaimito regresó a la casa en busca del libro lleno de ilustraciones e historias fantásticas que con tantos sacrificios le había comprado su madre como regalo de cumpleaños. Aunque abrió cuidadosamente la puerta, ésta rechinó: lo mismo hicieron las duelas de la casa. De puntillas, Jaimito siguió hasta llegar a su habitación, tomó el libro y se disponía a salir, cuando vio a su abuelo en la puerta.

—Otra vez haciendo ruido —dijo agriamente—. Le pedí a tu madre que te comprara unos tenis o unas sandalias, mas no me hizo caso.

—Pero abuelo —respondió Jaimito con una voz asfixiada—, si no le hice ruido.

—¿Qué? ¡Mocoso malcriado! ¡Respondón! ¡Hereje! ¿Qué no respetas a tu abuelo?

—Sí, pero...

—¡Cállate! No me obligues a tomar una medida drástica. No vayas a salir de tu cuarto: estás castigado.

El viejo aporreó la puerta y Jaimito se derrumbó en su cama, apretándose contra la almohada para ahogar los sollozos de su desesperación e impotencia, y así se fueron las horas hasta que acudió un sueño compasivo.

Jaimito despertó desnudo y en posición fetal dentro de un botellón, similar al que había roto para sacar el barco que tanto le había fascinado y que terminó hecho pedazos: el vejete, que era un mago muy malo, lo había hechizado.

—Jaimito, ¿estás cómodo? —se burlaba el anciano, para en seguida soltar la carcajada.

—¡Abuelo! ¡Sáqueme de aquí! ¡Mi mamá se va a enojar mucho con usted!

—Tu madre ya no vuelve, hijo. ¿Qué no te diste cuenta de que se estaba despidiendo de ti?

—¡Es mentira!

—¡Ay, hijo! Tu madre es una golfa ansiosa por la carne de su abogado.

—¡Es mentira! ¡Mentira! —protestó Jaimito, aunque no sabía de qué hablaba el abuelo, y el hechicero reía en voz baja, para luego volver a la lectura de sus libros de magia negra.

Eso sí —hay que decirlo— todos los días el anciano le quitaba el polvo a la botella y cada tanto la llenaba de agua mientras que Jaimito aguantaba la respiración, luego la volteaba para vaciarla —después de sacudirla a conciencia—con lo que el niño quedaba limpio. Además, el abuelo le pasaba a Jaimito sus alimentos en forma líquida a través de una pajuela. Incluso le leía ocasionalmente:

En las aguas negras del caos habitan los tenebrosos dews o lilths, que obedecen al antiguo Krun, padre de Ruha, también conocida con los nombres de Namrus y Hewath, espíritu de mentira y madre del mundo. Con su hijo Ur, Ruha engendró veinticuatro monstruos para combatir a Ptahil, el demiurgo.

O bien:

Después de lamer un sapo, el rey sabio rasgó el velo que cubría sus ojos y vio a la madre de los lilín, demonios que atacan a los niños y que gustan de los sueños bestiales del fuego.

Cuando el abuelo terminaba de leer sus historias y sus recetas para convocar a los muertos, llamar a la sequía y a las enfermedades, echaba una larga mirada a su nieto, como pensando, y después de unos minutos, preguntaba:

—Jaimito, ¿estás cómodo? —y casi se moría de risa, y si a Jaimito se le ocurría ponerse a llorar, el vejete brincaba, batía las palmas, se daba una maroma y hacía mil desfiguros impropios para su edad y su aspecto de patriarca.

Una tarde en que el anciano se emborrachó Jaimito se dio cuenta de que había perdido mucho peso, lo que le permitió oscilar dentro de la botella hasta que ésta cayó de la repisa en que se encontraba, con lo que el pequeño quedó libre, aunque lleno de cortaduras. Rápidamente tomó uno de los pesados volúmenes de su abuelo y pronunció un encantamiento que ni siguiera comprendió: el abuelo se elevó por los aires hasta ser chupado por el retrete, quedando a la vista únicamente la cabeza.

—¡Demonio! ¡Hereje! ¿Qué has hecho?

—¿Abuelo? —preguntó Jaimito, tímidamente.

—¿Sí, hijo?

—¿Estás cómodo?

Y luego la risa del niño y las amenazas del viejo, que en seguida cambiaron por súplicas melosas.

—Jaimito, deja salir a este pobre viejo. Pronuncia el hechizo de la siguiente página. Mira que a mi edad es muy difícil estar dentro del retrete. Todo fue una broma, hijo. Además, ya viene tu mamá. Yo pensaba sacarte de la botella. Ten en cuenta que te voy a regalar muchos dulces, libros bonitos y juguetes.

—Abuelito...

—¿Sí, hijo?

—¿Estás cómodo? —y de vuelta a lo mismo, con lo que el viejo se ponía de todos colores, vomitaba las peores blasfemias y luego suplicaba hasta las lágrimas.

Rosalinda llegó a la mañana siguiente, con una gran sonrisa y muchos regalos, pero quedó horrorizada con la historia de Jaimito, con los libros que estaban sobre la mesa y con la visión imposible de su padre atrapado en el retrete. Sin pensarlo dos veces tomó en brazos a Jaimito y huyó de la casa del viejo, quien murió de inanición.

Aún ahora los pescadores evitan pasar cerca del caserón que se alza por encima de los negros riscos, pues aseguran que es morada de demonios y etcétera, etcétera.

CARTA PARA EL ALTÍSIMO

Padre, hoy me senté en las piedras manchadas con mi propias venas y vi el fuego de tu ira en los cielos eternos. Hoy escuché los gemidos de mis hermanos, de aquellos que me siguieron en la lucha contra tu tiranía de viejo inflexible.

Padre, es triste el silencio y la melancolía, descubrir que detrás de la belleza de mi rostro se esconde una soledad infinita, un ansia de conocimiento que no admite la paciencia. Te recuerdo diciendo que eras amor, que siempre podría encontrar un remanso de paz en tus brazos; hoy te lo reprocho pues no creo en el amor condicionado.

Sabes que tienes la culpa, que me amabas por encima de mis hermanos y eso despertó mi soberbia. ¡Cómo cayeron mis ejércitos! ¡Con que saña te desquitaste! Con toda la furia de un vejete medroso ante la cercanía imponente de la juventud.

He tomado a la serpiente como escudo de armas: ella es el símbolo de la sabiduría y la joya más apropiada para un refinado esteta del mal.

He visto la última de tus creaciones, el hombre. ¡Qué vergüenza! Mira en que capricho de anciano depositaste tu

amor. Es cierto que la senilidad desemboca en la estupidez de los primeros años: hete ahí, como un niño encantado ante el espectáculo de sus propios excrementos; pero yo les enseñaré a construir ciudades y a forjar espadas, les llevaré por los caminos de las artes para que encuentren la alquimia del sueño y del perfume, y toda la ciencia de los ángeles.

Padre, hoy me senté en las piedras manchadas con mis propias venas y vi el fuego de tu ira en los cielos eternos. Hoy contemplé mi rostro en el vacío y por un instante, como una quimera, como un ideal apenas entrevisto, conocí la perfección.

Siempre:
Lucifer

UNA BEBIDA CON HIELO

El cigarro, persistente: la misma marca que fumábamos y que me condujo a los recuerdos. Esa ventana de flores con el verano explotándome en el rostro, y en el ondeo lejano de la alberca, las impúdicas visiones de la noche.

Era uno de esos momentos que hoy son habituales, porque en medio de la conversación y de las fiestas, el silencio —los fantasmas, los viejos litorales que un día rompieron el espejo para regalarnos un limbo—. Y luego los rumores de la música, la extensión de los sentidos propiciada por un brillo de cristales rotos en el cielo.

Recordé a un viejo cuyo tema de plática era, mientras bebía mucho, que a Dios se le cayeron las estrellas como frágiles copas, que ya no existían y sólo nos quedaba el reflejo: una caja de cenizas y un ingenio teatral.

El cigarro, persistente, y todas las frases suspendidas en el aire y que después de la noche nos avergonzaban...

Desde el tumulto ruidoso, una figura desprendida del entorno corta una flor que al momento deja caer para

pisarla, como si fuera un cigarrillo. Sostiene un vaso en el que chocan los hielos unos contra otros.

—¿Traes una respuesta? —le pregunté.

Ella no sabe qué hacer con su vida, pero es seguro que no me quiere ahí.

—Te traje un refresco —ofreció. Los hielos volvieron a tintinear. Me llevé el vaso a los labios y un espeso líquido de sabor metálico me resbaló por la garganta.

—¿Qué es esto?

—Sangre —respondió—, tu sangre.

LA CAPILLA

¡Qué pueblo tan feo!, lleno de polvo y de aire. Magdalena dijo que sería pintoresco; más bien es horrible y la gente parece enojada.

—Buenas tardes.

—Buenas.

¡Qué seco! Sí, es horrible, y esas campanas lúgubres estarían mejor en una película de vampiros.

—Disculpe, señor, eh, estee...

—¿Ajá?

—¿La Capilla de San Ignacio?

—¿La Capilla? ¡Uh! Está bien lejos.

—¿Podría indicarme el camino, si es tan amable?

—Váyase derecho hasta llegar a la vía, ahí dobla a la izquierda, pasando una casita blanca con techo de dos aguas se ve la hacienda de don Alfonso, en seguida está la Capilla, cerca del rancho de Ernesto Jiménez.

—Gracias, señor, muy amable, se lo agradezco.

—Ándele.

¡Qué torpe soy!, seguro notó mis nervios —qué vergüenza—. Ya, ya, olvídalo, más vale seguir caminando,

no vaya a ser que caiga la noche y no llegue a la Capilla, y a esta gente parece que no le gustan los extraños.

¡Ah, qué Magdalena! Al menos aquí voy a tener tiempo de pensar. Después de todo ella tiene razón, me va a hacer bien estar lejos de la mancha urbana, y de Beatriz y de los niños. ¿Por qué tan nervioso? ¿No es lo que querías?

Viene gente, ¿los saludo o no los saludo?

—Buenas tardes.

—Buenas.

—Disculpe, ¿la Capilla de San Ignacio?

—Ah, mire, váyase todo recto; luego dobla a la izquierda...

¡Morena preciosa!.. No, mejor no hay que mirarla, esos muchachos me ven muy feo...

—Gracias.

—Ándele.

Sigues demasiado nervioso, es ridículo. ¡Ánimo! Ahí está la vía, y más gente. Deja de lucir tan aprensivo. ¡Saluda! ¡Sonríe! ¡Piensa positivo! Pensándolo bien sí es un pueblo pintoresco. Esas personas de ahí adelante parece que van en una procesión. ¿De luto? No se ve el camposanto, me parece que es del otro lado de la carretera —a lo mejor rezan el rosario—. Insisto, es pintoresco.

—¡Buenas tardes!

¡Qué mirada tiene la señora!

—¡Güero!

Cómo está flaco el greñudo, parece enfermo.

—¡Güero!

Es idiota, mira cómo se ríe.

—¡Güero! ¡Háblale a tu papá!

¿Por qué me ve tanto esa señora?.. No me devuelve la sonrisa. Mejor vámonos.

—¿Adónde vas, fuereño?

Este debe ser el papá.

—Aquí nomás a la capilla de...

—¿Te gusta reírte de los muertos?

—No, señor, ¿por qué dice?..
¡Me va a disparar!
—No, señor, ¡espere!..

...que lugar tan feo, lleno de polvo y de aire, lleno de buitres. Fue una mala idea venir aquí. ¿Nadie va a pasar? Tengo frío... tengo frío.

REBECA

Edgar llevaba alrededor de 30 minutos con la vista fija en la esquina desconchada del salón de clases cuando una voz familiar pidió a la maestra que le suspendiera el castigo.

—¡Ay, Rebeca! —se quejó la señorita Blanco—. Dile a su mamá que necesita más disciplina y sobre todo...

La señorita Blanco siguió con una lista de actividades disciplinarias para Edgar, sin saber que Rebeca era su cómplice en muchas maldades.

—¿Qué quiere mamá? —preguntó Edgar una vez fuera del plantel.

—Nada, tonto, vine a rescatarte, pero si quieres te devuelvo.

El chiquillo estaba prendado de Rebeca, aunque no pasaba de seis meses que la conocía. La madre de Edgar le había pedido a la jovencita que todos los días fuera por el niño a la escuela y lo atendiera hasta que ella regresara del trabajo. Si bien Rebeca cumplía su parte, la señora Muñoz estaría mucho menos tranquila con el arreglo si presenciara las extrañas actividades que emprendían los menores, y sus lecturas, nada recomendables para un cristiano.

Después de que comían y terminaban las tareas de Edgar, la muchacha acostumbraba sacar un libro de su gran bolso, uno de esos volúmenes antiguos y enormes que mostraban entre sus páginas crujientes viñetas de demonios y signos misteriosos.

Edgar disfrutaba al contemplar las esferas de luz que bailaban por toda la casa, el desfile de las muñecas chinas, el coloquio de los figurines antiguos empotrados en el reloj del abuelo... Lo cierto es que se asustaba un poco cuando Rebeca se metía en el aljibe y desaparecía hasta por una hora, cosa que Edgar no podía explicarse ya que el aljibe, cuando no estaba Rebeca, mostraba claramente su fondo.

Así había ocurrido hasta entonces una serie de prodigios que ambos guardaban en el mayor secreto, pero el día en que ella lo sacó del salón de clases Edgar supo que Rebeca aún podía asombrarlo.

La pareja se encaminó hacia las afueras del pueblo y se detuvo en un terreno donde antiguamente había estado una casona de la que sólo quedaban los cimientos, parte de las escaleras de la entrada con vestigios de su pasamanos de cantera, la boca de una chimenea y un pozo.

El pequeño vio, aparte de los hierbajos y el escombro, a un grupo de adolescentes que comenzó a acercarse y a saludar a Rebeca, cosa que no le agradó mucho, pues sintió una punzadilla de celos.

—Hola, Rebeca. ¿Cómo se llama tu amigo?

—Edgar.

—¿Vas a cambiarlo por un regalo del pozo?

Rebeca fulminó con una mirada al impertinente, quien retrocedió asustado.

—Déjenos solos —ordenó ella y fue obedecida, a pesar de que había más de un chico, según estimó Edgar, que podría haberlos arrojado en el negro agujero.

—¿Tienes una moneda? —le preguntó Rebeca—.

Edgar se revisó los bolsillos y sacó un chicle, un trozo de lápiz y una piedrecilla de colores.

—Servirá.

La jovencita depositó las cosas en una canasta, a la que amarró con un listón para bajarla hasta las aguas.

—Cierra los ojos y pide algo que desees: un juguete, un dulce, una mascota.

—Ya...

Rebeca subió la canasta: los artículos habían desaparecido, pero una serpiente que tenía un cuerno en la cabeza se enroscaba con malicia dentro del recipiente.

—¿Es venenosa?

—Sólo si así lo pediste —respondió ella.

—¿Puedo quedármela?

Rebeca soltó una carcajada:

—¿Te imaginas la cara que pondría tu mamá? Mejor pide otra cosa.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier objeto, planta o animal que pueda salir por la boca del pozo.

Edgar cerró los ojos.

—Ya...

Rebeca volvió a bajar la canasta y al subirla obtuvo un caballero de juguete, con sus extremidades articuladas, orgulloso de su flamante armadura, de su lanza y espada. Edgar lo tomó con ambas manos exhalando un gemido de gozo. Rebeca lo interrumpió:

—Escúchame: no le digas a nadie, será otro de nuestros secretos. Si revelas alguno, ya sabes que nunca volveré a ser tu amiga. Edgar prometió callar y los dos se dirigieron a la casa del niño.

Edgar estuvo jugando con su brillante guerrero medieval mientras Rebeca preparaba unas quesadillas, que comieron frente a la televisión.

Los días siguientes se llenaron de prodigios, pero también de advertencias veladas. Rebeca parecía disfrutar de poner al niño en situaciones cada vez más extrañas, como si quisiera probar su lealtad. A veces lo miraba con una sonrisa maliciosa y le decía:

—¿Sabes guardar un secreto aunque te queme por dentro?

El niño, entre miedo y fascinación, asentía....

Era fin de semana, por lo que la señora Muñoz y Edgar fueron a la casa de la tía Lolis. Él odiaba a su prima Anita e iba de mal humor. Esa niña se creía —como todas las de su edad—una adulta rebosante de sabiduría y experiencia. Después de saludar a su tía Edgar se fue al patio de la casa donde estuvo mirando un rato a los insectos hasta que lo alcanzó Anita, quien semejaba a un búho detrás de sus lentes:

—¿Qué haces con ese escarabajo?

—Admirándolo —respondió Edgar.

—Fuchi, ustedes los niños son muy tontos y sucios.

Sí, ella tenía la capacidad de irritarlo.

—Tal vez seamos sucios, pero las tontas son las niñas: los escarabajos resultan muy interesantes en su ciclo de vida

—¿Y tú qué sabes del ciclo de vida de los escarabajos, mocoso? Te la pasas viendo caricaturas de bebés e iluminando libros para colorear.

Eso sí que era humillante. Edgar estalló:

—Pues para que sepas yo conozco más cosas que tú.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

Edgar reveló a su prima Anita lo que había visto junto a Rebeca. La niña corrió hacia la casa, mientras gritaba:

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¡No, Anita, espera!

Pálido, Edgar siguió a su prima hasta que ambos llegaron a la sala, donde estaban sus madres platicando.

—¡Mamá! ¡Tía! ¡Dice Edgar que!..

—¡Válgame el cielo! —exclamó la señora Muñoz.

Rebeca no regresó. Parecía omnividente. El muñeco de Edgar volvió a transformarse en los humildes objetos que

días antes bajaron en una canasta al lecho del pozo. El niño estaba inconsolable y miraba la lluvia a través de la ventana, y los árboles, y las sombras difusas del crepúsculo. Así, hecho un manojo de tristeza pronunciaba el nombre prohibido: Rebeca, ¡ay!, si pudieras perdonar, si supieras...

Pasaron los meses hasta que un día, mientras Edgar contemplaba estúpidamente los objetos, ella apareció en la puerta de su cuarto.

—¡Rebeca!

El niño trató de abrazarla, pero la sonrisa inicial de la muchacha se transformó en la máscara del más terrible de los desprecios.

—¿No te dije que si revelabas alguno de nuestros secretos dejaría de ser tu amiga? Las lágrimas comenzaron a derramarse de los ojos del niño.

—¡Perdóname!

Entonces, ella le mostró su verdadero rostro. Al principio sólo fue una sonrisa hiriente, una burla despiadada, pero luego se volvió una mueca imposible, una boca demasiado grande para un ser humano:

—Edgar —siseó la bruja—es hora de que me acompañes al pozo.

Ella lo tomó de los cabellos y lo arrastró escaleras abajo a pesar de sus ruidosas súplicas. El engendro hubiera conseguido sacarlo de la casa de no ser por la señora Muñoz, quien se quedó petrificada unos segundos, para enseguida reaccionar con violencia. Ambas se enfrascaron en una lucha ciega: de una parte, un odio ilimitado, profundo como los negros mares de la noche; del otro lado, el terror más puro, los mecanismos de defensa funcionando al límite.

—¡Vieja maldita! —rugió Rebeca—, tu hijo pertenece a las profundidades. Repentinamente la señora Muñoz se sacó un broche del pelo y le reventó un ojo a su contrincante, que se puso a chillar como una fiera y salió huyendo.

—¡Edgar! Enciérrate en tu cuarto.

Tomó la escopeta de su finado cónyuge y salió detrás del espantajo, que huía en dirección del pozo. Un disparo bastó para reducir al monstruo a un montón de fango y de plantas acuáticas en estado de putrefacción, que quedaron repartidos entre la banqueta y los asientos de un vehículo que se encontraba estacionado en el frente del domicilio, para infortunio del dueño, quien debió limpiar el mucílago mezclado con los vidrios...

Nadie recuerda qué fue de la señora Muñoz ni de su hijo, pero las viejas del pueblo todavía susurran la historia que al paso de los años se ha convertido en una leyenda con moraleja: los secretos que los niños guardan pueden ser la puerta a peligros inimaginables.

RODOLFO

Las horas de agonía en el trabajo habían pasado, el camión se detuvo en la parada y bajé. Crucé la calle, compré una revista y me disponía a ejercitarme en la más bella de las artes —el ocio— cuando un individuo casi me atropella a vertiginosa velocidad con su motocicleta. Le iba a reclamar; pero él me saludó y yo lo reconocí.

—Oye —dijo—, me acabo de enterar de que están contratando en un negocio de *actualidad* y *telecomunicaciones*, y que van a pagar en dólares.

—¿De qué se trata?

—No sé, me acabo de enterar, pero es de buena fuente.

—¿Cuándo?

—Ahorita, a las ocho. Es en la calle bla, bla, bla... Yo te llevaría, sólo que voy por una amiga.

Rodolfo, que así se llama el miserable, arrancó su motocicleta y me dejó dudando. ¿Y si me perdía de algún acontecimiento grandioso? ¿Sería el nuevo descubrimiento en las redes de telecomunicación e informática? ¿Existiría la posibilidad de proyección dentro de mi carrera? Pensamientos audaces comenzaron a desfilar por mi cabeza,

confié una sonrisa de complicidad a una de las muchachas que pasaban por ahí, eché mano de mi último billete y me encaminé hacia el filo de la acera para detener un taxi.

Después de varias direcciones fallidas vi a muchas personas reuniéndose para entrar a una casa; al mismo tiempo llegaba Rodolfo con una tipa que tenía mejor *lejos* que *cerca* y que me contó su historia con la mayor brevedad posible: antes estudiaba, se cansó y se puso a trabajar, el mes pasado se compró ropa y esperaba irse con una amiga a un concierto de rock en El Paso, Texas.

Rodolfo, con todas las ganas del mundo saludaba a viejos conocidos, quienes le mostraban papelitos haciendo grande alboroto como para que todos vieran lo mucho que se querían. Hubo momentos en los que dudé de mí mismo y me pregunté si no estaba en una reunión de los Testigos de Jehová o de alguna otra secta extraña de los Estados Unidos.

Entramos a la casa, Rodolfo me pidió que me sentara pues a continuación comenzaría el *expositor*, y luego se encaminó al baño con las más negras intenciones.

Solo, sin conocer a nadie, me dediqué a realizar una investigación para ver de qué se trataba el tema de *actualidad* y *telecomunicaciones*. Antes de que pudieran ponerme al tanto llegó Rodolfo con una sonrisa de amor filial y presentó el *expositor* a la concurrencia. La voz *masculina* del *expositor* tronó como Huracán, el dios maya.

—¡Ay! ¡Qué bueno que vinieron! ¡A la bio, a la bao, tra-la-rá!..

El *expositor* comenzó a explicarnos que le encantaba hacer ello (que a continuación explicaría) y que ya no hacía otra cosa. El asunto se trataba de embaucar a algunos incautos sacándoles 100 dólares, con lo que *regalaban* minutos de una compañía telefónica norteamericana. Esos minutos, *recomendaba*, podían ser utilizados para reclutar a otros incautos formando cadenas y, una vez que un incauto juntaba a otros incautos en grupos de seis, se le iban

sumando puntos, mismos que posteriormente redundaban en algún cheque por una fuerte cantidad de dólares. A continuación procedió a mostrar su último cheque por 250 dólares y a decir que si queríamos, a nuestros incautos los podíamos embarcar llevándolos a alguna dirección de la *lista verde* donde un *expositor* explicaría todo ese relajo de las cadenitas de seis y de los bonos y de los minutos extra ya que, *a decir verdad*, resultaba tan complicado *que temo que mi explicación no sea suficiente.*

Rodolfo se me acercó aconsejándome con todo el descaro su truco barato de decir a mis incautos que iban a pagar en dólares, que yo no sabía muy bien de qué se trataba y que era de *buena fuente*. Con una resignación filosófica llamé a casa para que vinieran por mí, no sin antes prometerle a Rodolfo (para deshacerme de él) que acudiría a la siguiente tertulia y firmaría el pagaré por los 100 dólares.

Una vez en el camino, Rodolfo se nos emparejó en un semáforo a mi hermano y a mí. Venía con la *chava* de mejor *lejos* que *cerca*. Rodolfo dobló su brazo cerrando el puño y proyectando el codo hacia atrás mientras guiñaba un ojo y decía: *Yes!,* arrancó haciendo chillar la motocicleta y desapareció. Espero que sea para siempre.

EL FARO

Dijeron que estaba loco. Se pasó años en la reconstrucción del Faro. Llegó hasta el extremo de la ruina por ver su sueño contra el horizonte.

—¡Ahí va el viejo del Faro! —gritaban en la calle.

Hernando, que así se llamaba, parecía llevar en el rostro una historia de piratas y de buques de guerra de la *Invencible*. Hernando bebía los sábados como una leyenda, sentado en los arrecifes con esa pipa que parecía hecha para un tritón.

Finalmente El Faro volvió a funcionar y los pescadores dejaron de reírse. En la radio se hablaba de la próxima tormenta, de olas engendradas por el infierno.

En el mar el capitán González divisó una luz intermitente, y agradeció a Neptuno y a todos los espíritus menores que poblaban su mitología personal. A punto de lograrlo, una ola inmensa lo alcanzó.

Unos dicen que el viejo cayó al mar, otros, que nunca existió, pues del Faro sólo permanecieron desdibujados los recuerdos.

LA RESACA

Anoche fui un vampiro; hoy, sólo un exiliado en arrabales.

La loca del 35 grita histéricamente, las botellas derramadas por el piso juegan con un universo de colores, con un cuerpo blanco y una maraña de cabellos, y de entre todos los colores, el escarlata.

Hay voces que no recuerdo, silencios tenues salpicados de imágenes que remiten a alguna historia de terror que hacía referencia a los caldos primitivos. Un acento que no tiene rostro, murmullos que escuchamos entre la vigilia y el ensueño: la radio del vecino a mitad de la madrugada, los rezos de las viejas en un velorio.

La loca del 35 aporrea la puerta y yo trato de encender un cigarrillo, pero el temblor de mis manos me hace fallar un par de veces.

Hay voces que no recuerdo, ilusiones de la infancia en una tarde llena de sol y de pájaros, de algodones rosados y globos que se van al cielo. Un acento que no tiene rostro, alguna chica que conocimos en un tren y no tuvimos el valor de acercarnos.

Alaridos violentos en la puerta, golpes tercos que terminan por derribarla y un ejército de mandriles emerge con la prepotencia pintada en los ojos. Uno me sujeta de los cabellos, otro me da un bastonazo en la cara...

...y el mundo se tiñe en sepia.

EL LOTO

—El eje universal es una flor de loto, Rudrik —dijo Sviatoslav, el atemporal, y le acompañó a la orilla de un pétalo, y Rudrik vio espirales de fuego y estrellas donde las viejas divinidades...

—¿No me vas a decir? —preguntó Rudrik.

Sviatoslav calló, y fueron a la orilla de otro pétalo para ser testigos del monótono ir y venir de animales cubiertos con escamas doradas que nadaban en el silencio eterno.

—Aquí inicia la creación, aquí duerme la semilla de todas las cosas...

—Sviatoslav, desde la hora cero me preguntó: ¿Por qué nuestros hermanos tienen miedo de contemplar el centro del loto?

El aludido desvió la mirada y cambió de tema saltando a otro pétalo.

—Aquí llegan las quimeras, las voces y los deseos, pero tienen su precio: ráfagas de viento destructor que fluyen con el tiempo dejando la marca de la vejez en el rostro de quien trasciende la orilla...

—Sviatoslav, ¿y el centro?

Sviatoslav jaló a Rudrik de su manto...

—Mira los ojos de la esfinge, donde yacen todos los enigmas, pero ninguna respuesta. Las arenas ardientes vieron pasar los carros de guerra de faraones míticos que alguna vez fueron dioses...

—No has contestado mi pregunta —insistió Rudrik—. ¿Por qué?

—Porque luego la eternidad es un calvario...

Rudrik abandonó los pétalos para dirigirse al centro del loto, y el flujo le atrapó con sus contradicciones, con el cruce dimensional. Gritó al mirarse en la esencia de otros seres —incluso en la esencia de los más ruines— y los contornos de la realidad se fueron desdibujando y quedó, con la mirada vacía, en la contemplación viciosa de un atemporal que veía el centro de un loto, donde un atemporal veía el centro de un loto en el que...

LA BÚSQUEDA

La piel fue mi primera obsesión. Recuerdo las fiestas y los banquetes como las imágenes de un cantar cuyos hechos nunca hubieran sido míos. Después vino la poesía y los libros, y todos me llamaron loco.

Después te fuiste...

Leonor, apenas queda algo de los ayeres desdibujados por el desierto, por las lágrimas y los lamentos que sin tregua fustigan la memoria. Parece que la lluvia conoce el final, y de entre las ondas que forma la espuela en los charcos turbios, acuden las visiones de reyes y señores al frente de ejércitos bañados en esplendor. Yo mismo dejé mis tierras y seguí la cruz por promesas de pecados derretidos en Tierra Santa, ¿o fue por gloria? Yo mismo vendí parte de mis títulos —parte de los huesos de mis ancestros— para cubrir de hierro a los hombres que hoy duele evocar.

La lluvia no se detiene y conduce al pasado, a los cadáveres insepultos que causaron la peste, y luego irrumpen los gritos y las peleas entre los caudillos que semejaban águilas destrozándose por jirones de carne.

Leonor, he luchado con los fieros paganos del desierto, con los negros crueles del África y con la arena ardiente, y la sangre de los enemigos de Cristo lavó mis culpas: el infierno es irrisorio —tanta es la distancia que puse entre mi alma y él—.

Leonor, la guerra me salvó del Maldito, pero no consigo salvarme de mí mismo. Hace mucho que partí —lo sabes— y a veces tengo la sensación de que hoy debería haber encontrado algo más que lluvia y frío: tal vez el perfume de tu pelo, tal vez una verdad que me incomoda.

Es difícil admitirlo: No recuerdo lo que buscaba...

LA CASA DE LAS VENTANAS ENCANTADAS

Jaime despertó con la conciencia de haber conocido en su sueño a una mujer bella y misteriosa. Tenía su número telefónico presente en la memoria. Quizá de broma o debido a una esperanza inconfesable lo apuntó en una libreta que siempre yacía sobre el buró, para luego levantarse por el desayuno.

Toda la mañana se deleitó con agradables pensamientos que no pudo traducir en algún relato. Cerca de las doce del día acariciaba el teclado de su ordenador en espera de una idea que pudiera desarrollar, pero estaba tan distraído que debió desistir en sus débiles intentos y se puso a dar vueltas por la casa. Una hora después recordó el número telefónico de la chica que había conocido en su sueño y se decidió a probar suerte, un poco apenado por testigos invisibles que le hacían sonrojarse.

Alguien contestó del otro lado de la línea y la voz le resultó familiar —ella existía— ella le reconoció y quedaron de cenar juntos.

—Llegando al pueblo *El Rosal* preguntas por *La Casa de las Ventanas*...

Jaime se arregló con esmero, subió al auto y luego se detuvo en un restaurante para dar cuenta de una abundante comida... y para divagar. Cuando terminó siguió su camino con breves interrupciones como una pequeña escala a su vinatería favorita, a la florería más cercana y por unos chocolates. Enfiló hacia la carretera y a todo lo largo de la ruta extrañamente vacía se congració con la vida acompañando con su propia voz las notas que exudaba el tocacintas del vehículo.

Dos horas más tarde Jaime paró en una gasolinera con un techo de láminas desvencijadas y pidió al hombre del lugar que le llenara el tanque.

—¿Cuánto falta para *El Rosal*?

—Está como a media botella de tequila —respondió el hombre entre carcajadas que mostraban unos dientes manchados de tabaco. Jaime rió por solidaridad, aunque el chiste no le hizo la menor gracia.

Al poco rato las calles pintorescas de *El Rosal* estuvieron ante sus ojos. Una vez dentro del pueblo el automóvil comenzó a hacer un ruido extraño que después se vio acompañado por escandalosas volutas de humo que salían del cofre. Jaime apagó el motor, abrió la portezuela y estuvo unos minutos contemplando con expresión estúpida el inextricable diseño de válvulas, pistones y chips. Un niño pasó por ahí soplando un rehilete.

—Oye, chico. ¿*La Casa de las Ventanas*?..

El niño no respondió, se limitó a mostrarle una mansión espléndida que, en todo caso, debería llevar el mote de *El Palacio de las Ventanas*.

Jaime cerró bien el coche, cargó sus cosas e inició lentamente el ascenso de la pequeña colina en la que dominaba su objetivo. Ya ante la puerta le extrañó ver el descuido que no era tan evidente unos metros atrás.

Se asomó por una ventana sólo para convencerse de que era imposible que el palacio estuviese habitado. De cualquier manera golpeó y, en seguida, un anciano de curioso uniforme militar le abrió.

—Disculpe, ¿la señorita de?..

El anciano le franqueó la entrada y al momento, Jaime descubrió un detalle desconcertante. Adentro la casa estaba en perfectas condiciones, llena con aureolas musicales que provenían de algún piano oculto.

El anciano subió por unas escaleras de caracol y Jaime tuvo la sensación de que él mismo, el pueblo, la casa y el viejo militar, pertenecían a un tiempo ido, a sombras y destellos del pasado. Quiso huir, acariciaba la auto sugerencia, cuando se vio en un salón lleno de exóticos personajes.

—¡Buenas tardes! —rugió un hombre que usaba monóculo, vestido con elegancia y de fuerte acento austriaco—. Barón de Humbretch...

El barón liberó de sus bultos a Jaime, quien trataba de ubicarse en la cordura. ¿No sería el prodigio de las ventanas un efecto artificioso hecho por algún miembro de esta comunidad tan peculiar?

—Disculpará usted, querido amigo, el revoloteo prosaico y los ademanes plebeyos y poco refinados de esta parvada de artistas mediocres e intelectualoides, pero las costumbres, como de usted no es desconocido, se han relajado.

—¡Barón! —exclamó un joven que tenía un rostro mordaz de judío sabelotodo—. Deje de abrumar a nuestro amigo con su retórica inagotable.

—Ente despreciable, destruyes los sublimes pensamientos que como fieros y vengadores cernícalos me acometen. El artista moderno carece de un saludable *odi profanum vulgus* a causa de las tendencias democráticas que chillan como ratas viejas. Es mi deber informarles que el hombre debe regresar a las buenas tradiciones de

antaño que conducen a la diferenciación y a la perfección de la raza.

—Vanas ideas —repuso el judío.

—¡No! —estalló el barón—. Los dioses que ustedes inventan se les mueren en las manos. Es preciso regresar a los viejos cultos donde el aristócrata, llámese guerrero, artista o santo, se ve obligado a ser lo más parecido a los dioses.

—Hueros conceptos ¿Con qué derecho?

—Con su derecho de linaje o señal inexcusable que le es dada por el dios en turno. ¡Sangre probada por los siglos o por aptitudes extraordinarias!

—En mi experiencia personal...

Jaime notó que el barón y el judío se habían olvidado de él en su acartonado discurso, por lo que repasó el escenario. En un rincón se encontraba un escritor aporreando el teclado de una desvencijada máquina de escribir; a su lado un gordo escultor se interrumpía con frecuencia para comentar algo con el escriba; en medio de la sala un famélico pianista arrancaba las notas que Jaime ya había tenido oportunidad de oír; cerca de una ventana una mujer rubia de boina pintaba paisajes de corte impresionista. Pretendiendo dirigir todo desde un andamio, un cineasta gritaba esporádicamente con su altavoz:

—¡Corte! ¡Corte!

Jaime se acercó al escriba.

—Perdone, ¿la señorita de?..

—¡Un momento, por favor! —Se volvió hacia el del cincel—. ¡Armand! Escucha esto.

Armand dejó su trabajo y el escriba arrancó una hoja de la máquina, misma que procedió a leer en voz alta:

Ya salen las chicas del pueblo con sus vestidos multicolores, y su perfume se mezcla con el de la tarde, con el de las palomitas y el de los helados. Ahora alumbra, con su lucecilla vacilante, una

lámpara de aceite. Los insectos giran en torno a ella. Una anciana murmura algo, el grito de un chiquillo se pierde en la lejanía, de eco en eco.

—¿De eco en eco? —protestó Armand—. Suena como a cinceladas. ¿Será que ambos nos hemos confundido de oficio?

—Disculpen —volvió Jaime a la carga.

—Mire usted, compañero —interrumpió el escriba—. Armand es mi primo y el ejemplo de la familia, lo cual se debe a que mi padre siempre decía: *Sigue comiendo así y vas a quedar como tu primo Armand*.

—¡Pedazo de imbécil! —gritó Armand.

Jaime fue donde la rubia.

—¿Te puedo quitar unos segundos?

—¡Corte! —tronó el cineasta interrumpiendo a Jaime (aunque en honor a la verdad, la pintora no parecía con intenciones de responder)—. ¿Cómo es posible que en una película de la *Época Dorada* de los dioses celtas esté un maldito pianista?

El pianista retiró las manos del teclado.

—¡Bestia! —lo regañó el cineasta—. ¡Toma una *crotta*! ¡Una *crotta*!

Jaime se subió al andamio del cineasta para arrebatarle el altavoz y pedir unos segundos de atención. Inesperadamente, lo consiguió:

—¡Vine a ver a la señorita de!..

Los presentes se miraron unos a otros, sin comprender.

—Esta mañana —prosiguió Jaime— me desperté con el recuerdo de un sueño en el que conocí a una muchacha que me dio su teléfono. Marqué el número y ella contestó, citándome en este lugar.

Los artistas se miraron unos a otros y se echaron a reír con tal impudicia y estupidez que resultaba en extremo chocante oírles y contemplarles.

—¡Con un demonio! —estalló Jaime—. ¡Estoy buscando a la señorita de!..

—¡Ah! —Respondieron al unísono.

El barón se adelantó hacia Jaime.

—¡Hombre! Por ahí hubiera empezado. Tenga la bondad de seguirnos.

Comenzaron a bajar las escaleras; unos hablaban de rosas y de viento que, según decían, estaban relacionadas con el nombre del pueblo; otros comentaban la técnica del *crochet* y del *macramé*. Finalmente se detuvieron ante una puerta que conducía a un sótano, en medio del cual estaba una ventana empotrada al ras del suelo. Jaime notó destellos verdes y fosforescentes que se percibían en las sombras a través de la ventana.

—Pase amigo, pase —invitó el judío y todos rieron calladamente.

Jaime estaba a punto de marcharse; entonces vio que la ventana o tragaluz mostraba una planta aún más baja llena de agua y *ápodos*, mismos que causaban la luminosidad.

—Con permiso —dijo el escultor al tiempo que abría la ventanilla.

—¡Señorita! —llamó el escriba—. ¡Le hablan!

Repentinamente, y después de un parpadeo, Jaime pudo admirar a la bella mujer que le había conducido hasta ese lugar, unida al agua por una membrana que Jaime creyó un vestido. Se acercó a ella y ambos se unieron en un beso, muy celebrado por cierto ya que los artistas bailotearon como mandriles, dando exageradas muestras de alegría.

Jaime abrió los ojos para ver que su dama había desaparecido. Sintió que se iba encogiendo, que sus miembros desaparecían, que los ojos se le saltaban para luego recubrirse con una ligera capa de piel; en seguida le salieron branquias y ya no pudo respirar, por lo que

empezó a retorcerse en el suelo, hasta que la pintora tuvo la bondad de tomar de la cola a *Jaime-ápodo* y luego lanzarlo al agua.

Armand cerró la ventanilla y el grupo siguió hablando de los orígenes del pueblo, de su nombre relacionado con el viento y las rosas, así como de las técnicas del *crochet* y del *macramé*.

EL MUSEO

Mi tía nos llevó a la misa de las ocho de la mañana; como de costumbre, Tito y yo nos salimos para pasar el oficio en la puerta con los vagos del pueblo donde, para ser francos, no se oía nada. Finalmente Laura y mi tía salieron y se fueron de compras después de darnos dinero para comprar unos helados que comimos en la plaza y, luego de un rato, Laura volvió con las llaves de *La Casa del Pueblo* para guardar los bultos.

La Casa del Pueblo es un complejo en forma de herradura que comienza a mano izquierda en un edificio de dos pisos con techo de dos aguas y sigue con otros de techo plano para terminar en una habitación de chimenea. Me llamó la atención que del ala principal sólo conociera una planta, por lo que le pregunté a Laura qué había en ese espacio, y ella me habló del desván oculto detrás de una portezuela disimulada en el cielo de tablas, misma que buscamos tanteando con un palo hasta coronar de éxito nuestros esfuerzos. Tito, ágil como él sólo, se subió en los hombros de Laura —quién expresó comentarios poco amables para con su

hermano durante el proceso— y entró al desván, cerrado desde años atrás.

—¿Qué ves? —preguntábamos.

—Cosas —respondió Tito.

—¿Pero qué cosas?

—Puras mugres llenas de polvo.

Ante la insuficiente descripción del misterioso lugar permitimos que Tito bajara.

Mi tía llegó con una de tantas viejecitas conocidas suyas, a la cual había invitado a comer y para regalarle no sé qué. Así nos devolvimos al rancho *El Refugio* no sin antes prometer que volveríamos con una escalera y con la camioneta para saquear el desván, sitio que nos llenaba de esperanzas como si recién hubiéramos encontrado la tumba de un faraón.

Durante el pedregoso camino de regreso, flanqueado por los verdes maizales que desfilaban con la celeridad impresa por Tito —a pesar de los coscorrones que mi tía le propinaba y de las santiguadas de la viejecita— Laura y yo, que nos habíamos ido en la caja de la camioneta, comentábamos los posibles hallazgos que se encontraban a un paso de nosotros. Imaginamos desempolvar las armaduras, los morriones, arcabuces y espadas de los primeros Vázquez que llegaron a América; las cuentas, los penachos, las lanzas, el arco y las flechas de un hipotético ancestro apache; los turbantes, las cimitarras y los libros prohibidos por el Santo Oficio que según decía Laura, era posible que hubieran traído del Medio Oriente los ancestros de los Loya, rama de la familia que creíamos árabe.

Una vez en el rancho pasamos el tiempo jugando hasta que fueron encendidas las lámparas de aceite.

Fue difícil dormir aquella noche escuchando el aullido de los coyotes y las extrañas leyendas que Laura sacaba de fuentes desconocidas, pero al fin nos entregamos al sueño.

Muy temprano nos levantamos por el desayuno y buscamos una escalera a pesar de las protestas de mi tío, quien juraba que sólo encontraríamos basura. Ansiosos nos dirigimos a *La Casa del Pueblo*, colocamos la escalera y subimos al desván. Unas palomas volaron de la ventanilla con barrotes por la que entraba un poco de luz. El polvo y las sombras silenciosas de los objetos comenzaron a llenarse del brillo de nuestras linternas: sillas antiguas, herramientas, hormas de zapato, juguetes descoloridos, revistas viejas y unos vasos de vidrio que no se rompieron cuando los lanzamos a la duela de la planta baja; yo encontré una cabeza de venado empotrada en una moldura de madera, la cual todavía conservo y que, en palabras de mi tío, a este animal lo había matado a cachetadas mi bisabuelo, hombre de fuerte reputación despótica y con algo de cacique.

Laura encontró unos frascos que contenían vísceras en formol y los fue bajando con un cuidado extremo que no merecieron los vasos. Estas vísceras explicaban su presencia en el desván porque el esposo de mi tía Zulema —un español famoso por pudrir sus quesos con vino y luego comérselos (gusanos saltarines incluidos) en tortillas de harina— había sido médico y vivió algunos años en *La Casa del Pueblo*.

Cargamos de sillas, herramientas y objetos varios la camioneta y partimos al rancho *El Refugio*.

Los próximos dos días Laura estuvo madurando un proyecto que nos pareció loable por constituir una iniciativa en favor de la cultura: establecer un museo. Rápidamente coordinamos nuestros esfuerzos. Tito le puso la lona a la carreta, yo me fui a buscar huesos de vaca y a imprimir conchas marinas en yeso; Laura fue a la galera del rancho de donde salió con una canasta rebosante de porquerías. Luego nos pusimos a hacer una serie de etiquetas explicativas como las siguientes:

Para los huesos de vaca: *Restos del reptil volador del período jurásico del gen. Pterodactylus*; un trozo de lija: *Lengua disecada del felino maicarodo, mejor conocido como Dientes de Sable, que medraba en América durante la Edad de Hielo. Su áspera superficie se debe a que los félidos, como carnívoros que son, la usan para limpiar la estructura ósea de sus víctimas de toda presencia de carne*; unos trozos de una maceta de barro: *Vestigios de vasijas pertenecientes a los Indios-Pueblo que describe Cabeza de Vaca en sus viajes por estas tierras*; un molcajete: *Piedra de moler de la cultura rarámuri o tarahumara*; una iguana medio seca y apestosa se ganó el título de *Pequeño Dragón de Komodo*, al que introdujo en un *atañd* metálico, blanco y semicilíndrico que en sus tiempos fue parte de una alacena; las impresiones de conchas marinas en yeso: *trilobites*; y así sucesivamente, pasando por las vísceras hasta llegar a una caja llena con crías vivas de rata. En este punto Laura se detuvo a meditar unos segundos, hasta que se le iluminaron los ojos y procedió a escribir con sabihonda verborrea apoyada en sus libros: *Últimos ejemplares vivientes de los múridos que, según algunas teorías, ocasionaron la extinción de los dinosaurios cuando estos roedores devoraban sus huevos*.

Mi hermano Ricardo, quien se había mantenido ajeno a la causa, ayudó a organizar las cosas y, una o dos horas después de la comida, la inauguración de nuestro flamante museo fue anunciada con bombo y platillos y un *¡tra-lán!* que profirió Laura en el colmo de su alegría.

La caravana de visitantes se componía de mis papás; de mis tíos; de don Che, el viejecito que ordeñaba las vacas; de su esposa Lupe, casi sorda y a la que tuvimos que explicar con altavoz no pocas veces y; de doña Chu, la nana de mi papá y de sus hermanos. Todos ellos fueron pasando de dos en dos y con los comentarios de *¡Qué bonito!* nos crecíamos mucho. Mi tía descubrió la iguana y las vísceras y el resultado fue una súbita huida hacia afuera para volver el estómago; pero el escándalo

no se hizo esperar cuando Chu encontró a las ratas en su caja, la que tomó en las manos y sacó de la carreta pese a nuestras sentidas protestas.

Laura no se dio cuenta en el momento pues le estaba explicando a Doña Lupe la importancia que el museo tendría en el desarrollo cultural de la comunidad; Ricardo bajó a dar la alarma y fue cuando vimos que Chu metía las crías de rata en un balde y las bañaba en diáfano. Laura corrió protagonizando una escena dramática en desesperado intento de evitar un múridocidio. La escena terminó por adquirir matices trágico-épicos cuando Laura, como un Savonarola femenino que señalase la impiedad, apuntó con el dedo índice a Chu —quien ya les había prendido fuego a las ratas— al tiempo que gritaba:

—¡Bruja!

Mi tío debió intervenir con una ligera palmada en la cabeza de Laura, quien rompió en llanto y fue a buscar abrigo en su habitación.

Todavía escucho los berridos de Laura, elocuentes muestras de denuncia a ese espíritu de *Contrarreforma* que durante siglos ha caracterizado a nuestra cultura y que quizá explique, al menos en parte, la ausencia de un museo en el pueblo de Temósachi.

NOVELO

El señor Novelo contempló el mar que ocasionalmente sacrificaba alguna de sus olas golpeándola contra los riscos de la playa. Los vapores del ajenjo seguían ahí, por lo que las sombras de la tarde fueron adquiriendo matices fantásticos. Un vientecillo agitaba sus oscuros cabellos.

—Señor...

El terrateniente se volvió despacio en respuesta al débil llamado de su sirviente.

—La señora de Villalba...

—Hazla pasar.

Novelo contempló su figura en el espejo, ensayando unos ademanes afrancesados, repasando con deleite las ilícitas historias que le unían con Brenda, la señora de Villalba, quien a los pocos minutos entró en la habitación.

—¿Algo de beber?

Ella asintió para luego acomodarse en uno de los sofás de su amante.

—¿Y qué te trae por aquí? ¿No has podido resistir a mis encantos?

Brenda llevaba la máscara de un miedo profundo y ancestral, un miedo de félida sin alimento para sus cachorros.

—Me temo que no es eso lo que me trae, querido. Mañana parto para España.

La sonrisa de Novelo cayó al piso para quebrarse junto al vaso que escapó de sus manos.

—Desde hace tiempo —dijo ella— lo veía venir, pero tú no me hiciste caso y siempre lo tomaste a broma.

Novelo encendió un cigarrillo.

—¿Es lo que pienso?..

Brenda se limitó a darle un beso, prolongado y angustioso, y a reiterarle su invitación para huir a la Madre Patria. Luego se marchó, dejando al terrateniente sumido en su estupor, en la compañía de sus fantasmas.

Otra vez el exilio. Una raza de señores abrumada por multitudes revolucionarias. ¿A dónde ir? Estaba cansado de ser el león perseguido por un ejército de alimañas.

La solución le llegó inesperada, como un brillo nunca antes considerado: el pensamiento, único refugio del aristócrata; la soledad, única barrera capaz de proporcionarle ese jardín fuera del hacinamiento ruidoso, burlesco y ordinario —fuera de considerar como igual a cualquier imbécil—.

—¡Ignacio!

No, no creía en el mañana, y el pasado se le antojó como un cisne resplandeciente... como un cisne resplandeciente.

—¿Señor?

—¡Ensíllame un caballo!

No, sólo veía más y más jovenzuelos desagradables, de mediana y corrompida inteligencia gritando desde las aulas y los periódicos, exhortando a las masas a limar las diferencias, pero él no podía arrancárselas del pecho.

Los últimos destellos del día se marchaban con sus últimas ilusiones. Novelo montó el caballo que le esperaba, se acomodó el sombrero, encendió un cigarrillo para

acompañar una larga y postrera mirada al paraíso; luego picó espuelas con rumbo a los pantanos, y siguió el cortejo de los reyes y los dioses que deambulaban el polvo del olvido.

EL HOSPITAL ROJO

—La clase fue mediocre —pensó Antonio y prometió, por enésima vez, mejorar en lo sucesivo; ¿pero cómo explicar a esos trogloditas cuando le temblaban las manos? ¿Cómo revelarles los secretos de las ciencias exactas cuando el cuerpo gritaba por su dosis de alcohol?

—Tranquilo, tranquilo —se dijo a sí mismo al tiempo que se dirigía hacia su hogar. Una escala en la vinatería: se entretuvo dudando incapaz de decidirse a comprar una bolsa de cacahuates. El apremio del viejo gruñón que despachaba terminó por sugerirle una respuesta:

—También los cacahuates.

Y luego el maldito tráfico. La mujer fea y pintarrajeada de atrás se quedó pegada a la bocina mientras despotricaba al estilo verdulero. Antonio le dedicó una *elegante* seña con el dedo medio y siguió su camino, pero la mujer le alcanzó para arrancar a la bocina la tonadilla de *La Cucaracha*.

¿La Cucaracha?..

¡No! La gorgona estaba insultando a su madrecita. Disyuntiva: enfrascarse en una discusión de mercado u

olvidar a la mujerzuela. Optó por lo último y siguió adelante pero, después de haber recorrido unas pocas cuadras, se detuvo para retorcerse de dolor. La gorgona pasó a un lado haciendo sonar la bocina con esa tonadilla que, como ya hemos dicho, tan obsesivamente le sugería *La Cucaracha*.

Bajo un impulso Antonio tomó la botella y le dio un trago profundo y largo. Una punzada de dolor le arrancó hasta las lágrimas. Apretando los ojos encendió un cigarrillo mientras canturreaba:

...ya no puede caminar, porque le falta, porque le falta, marihuana que fumar.

Antonio se volvió súbitamente cuando un policía le indicó que no podía seguir estacionado en ese lugar, ya que pasaba mucho tráfico y bla, bla, bla; así que encendió el motor de su viejo automóvil...

—Sí, señor, sí, lo acaban de operar de una úlcera gastrointestinal... ¿Qué no se acuerda? No vacile... No sea chillón... No se haga tarugo... No, no puede tomar licor... No, ni una copita... Tampoco hablar por teléfono... Levante la patita. ¿Le duele?.. La manita... Mjh... Mjh... Sí, dicen que esa señora se aparece por Parral... Descanse —y que La Llorona.

En seguida vino la ansiedad. Antonio imaginaba a la muerte sosteniendo una copa perlada y hermosa, bella como un sueño recurrente de su niñez, un sueño que no pudo asir. En cambio le vinieron remembranzas perfectas de sus pesadillas, las noches en que podía ver puntos luminosos en el aire oscuro de su habitación; recordaba haber visto a un *fantocci* con una cámara cinematográfica proyectando dichas motas de luz —aún ahora no estaba seguro de que aquello

hubiese sido un sueño— luego su cuarto se llenó de *fantoccis* y Antonio creció con el temor del infierno, un temor que jamás acabaría, ahí, en el fondo, en las sombras del subconsciente.

Trató de distraerse hablando con sus compañeros de cuarto, don Augusto y Panchito, pero se excedió con detalles fantásticos y presuntuosos de sus hazañas sexuales —un vicio que no se le había quitado desde la preparatoria— y fue el blanco de las burlas de don Augusto, secundadas por el indito que tanta facilidad tenía de exasperarlo, y las burlas se agravarían hasta ser dado de alta, debido a los sucesos que ocurrieron a continuación:

Comenzó a escuchar una música juvenil y diabólica y vio un despliegue de imágenes.

—¿Escucha? —le preguntó a don Augusto.

—¿Qué cosa?

—Abajo hay un bar donde unos jóvenes diabólicos se reúnen a oír música. El ruido de las charolas en que sirven el licor llega hasta nosotros por medio de las tuberías.

—No se oye nada —dijo don Augusto.

Tal vez insistió demasiado en ese detalle. Se salió del cuarto, bajó y pudo comprobar que su visión estaba ahí, en efecto: unos jóvenes vestidos con túnicas y capuchas rojas arrancaban a fuerza de cuerazos el ritmo a la batería, y sus manos parecían arañas en las guitarras y contrabajos eléctricos. Sí, y los meseros también vestían de rojo, pero eran muy educados y elegantes, como los mozos de un hotel de cinco estrellas. Incluso uno le ofreció una copa. Estaba a punto de llevársela a los labios cuando llegaron dos enfermeras —vestidas de rojo— que lo devolvieron a su cuarto. Antonio se puso muy necio, escapó de las enfermeras que trataban de inyectarlo y se dio a la fuga por los pasillos. Cuando creyó que las había perdido buscó el

bar equivocando la habitación. Se encontró con un espectáculo horrible: un perro negro estaba sobre la cama de un paciente devorando los últimos vestigios del mismo.

Antonio echó a correr, los perros le seguían por los pasillos, las enfermeras vestidas de rojo trataban de inyectarlo con unas agujas espantosas e inmensas. La música —o *eso* que llaman música, pensó Antonio— subió de volumen y todo se volvió una vorágine escarlata en el hospital...

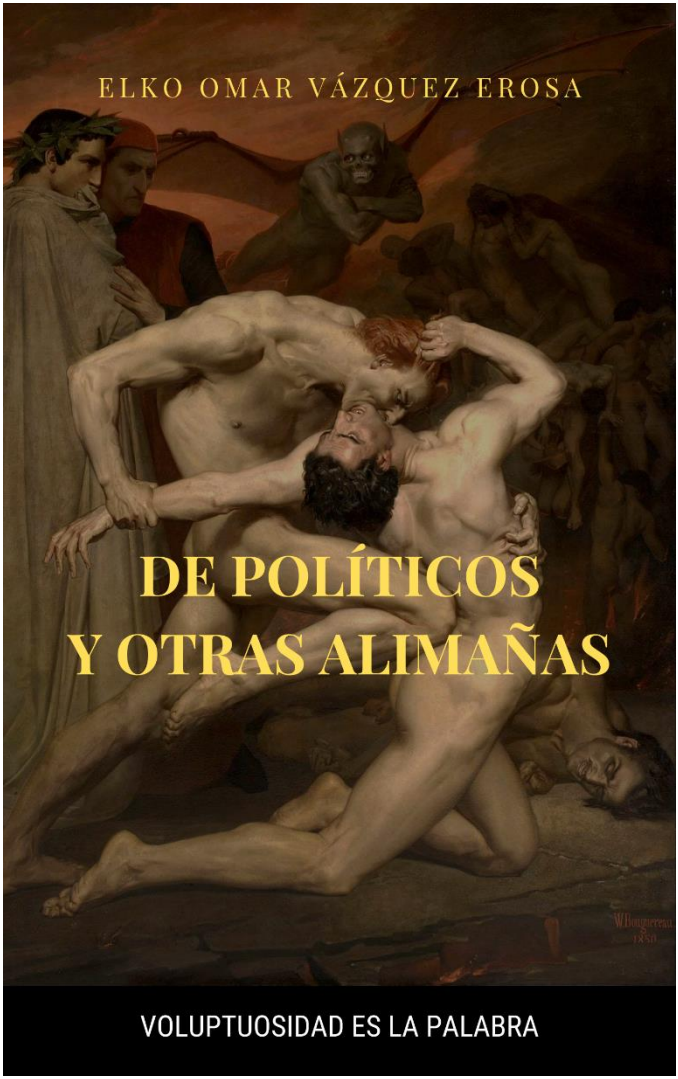
—Sí, señor, sí, usted tuvo un acceso de *delirium tremens*... No, no sea chillón... No se haga tarugo... No puede hablar por teléfono... Levante la patita. ¿Le duele?.. La manita... Mjh... Mjh... Sí, dicen que esa señora se aparece por Parral... Descanse —y que La Llorona.

Antonio recordó que una vez, cuando pequeño, su padre trató de cortarse una borrachera de quince días; fue cuando señaló, todo tembloroso, una botella: le dijo que era El Diablo. En aquellos tiempos se le antojaba como una metáfora terrible, pero sólo una metáfora. Hoy no sabía.

Aguantó con resignación los próximos días entre las burlas de don Augusto y Panchito y cuando salió prometió no volver a tomar nunca más.

Dudamos que lo haya conseguido.

Otros libros del autor


ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA
DE POLÍTICOS
Y OTRAS ALIMAÑAS
VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

EL HOMBRE QUE ODIABA A SANTA

Y OTRAS HISTORIAS DELIRANTES



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA
MARIBEL RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Uxía y Brandán

Y OTRAS HISTORIAS GALAICAS



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Contenido

La décima musa, 3
Las dunas, 15
Océanos de tiempo, 18
Parker, 20
El viejo y su perro, 22
Un día en la corte de Salomón, 24
Cristal, 31
Enterrar a los muertos, 33
La visita, 34
El ventilador, 36
En línea recta, 38
El horrible caso del doctor Carvajal y su extraordinario informe de los espeluznantes androartrópodos, 40
Laura, 59
La gorda, 61
La cabaña, 64
En el cementerio, 67
Leannan-Sidhe, 69
El jugador, 86
Beatriz, 88
La piara, 90
La botella encantada del satánico abuelo del pobre de Jaimito, 92
Carta para el Altísimo, 97
Una bebida con hielo, 99
La capilla, 101
Rebeca, 104
Rodolfo, 110
El faro, 113
La resaca, 114
El loto, 116
La búsqueda, 118
La casa de las ventanas encantadas, 120

El museo, 127
Novelo, 132
El hospital rojo, 135
Otros libros del autor, 139